

Una mañana cualquiera, Guido, Josefina, Mauro y Milagros son citados a Dirección. Ante su sorpresa, la Directora de la escuela les pide ayuda para resolver un misterio. Un camino de pistas los llevará de un lugar a otro, pero el tiempo apremia: no son los únicos que quieren encontrar el tesoro escondido hace casi 150 años. Bienvenidos a la aventura. Bienvenidos a Almirante Brown.



descubrir
BROWN

INSTITUTO DE ESTUDIOS HISTÓRICOS Y PATRIMONIO CULTURAL

SECRETARÍA DE EDUCACIÓN
CIENCIA Y TECNOLOGÍA

INSTITUTO MUNICIPAL DE LAS CULTURAS

150^o
Brown

ALMIRANTE
Brown



MARIANO RITTERSTEIN

LOS MISTERIOS DEL ALMIRANTE

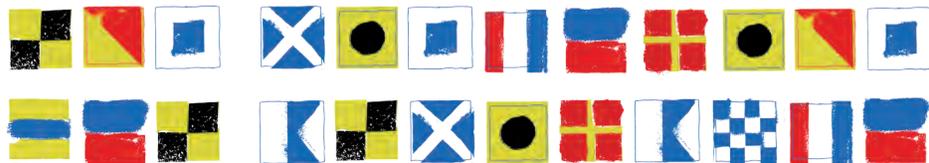


LOS MISTERIOS DEL ALMIRANTE



MARIANO RITTERSTEIN

ALMIRANTE
Brown





Ritterstein, Mariano

Los misterios del Almirante / Mariano Ritterstein. - 1a ed. - Adrogué :

Mariano Javier Ritterstein, 2023.

112 p. ; 15 x 21 cm.

ISBN 978-987-88-7633-7

1. Novelas de Aventuras. I. Título.

CDD A863.9283



Queda hecho el depósito que marca la ley 11.723
Libro de edición argentina

No se permite la reproducción parcial o total, el almacenamiento, el alquiler, la transmisión o la transformación de este libro, en cualquier forma o por cualquier medio, sea electrónico o mecánico, mediante fotocopias, digitalización y otros métodos, sin el permiso previo y escrito del editor. Su infracción está penada por las leyes 11.723 y 25.446.



LOS MISTERIOS DEL ALMIRANTE MARIANO RITTERSTEIN



LOS MISTERIOS DEL ALMIRANTE



150^o
Brown

Diputado Provincial
Mariano Cascallares

Intendente
Juan Fabiani

Organización y Producción
Gobierno Municipal de Almirante Brown

Instituto Municipal de las Culturas
Juan Manuel Pereira Benítez

Autor
Mariano Ritterstein

Coordinación
Juan González

Secretaría de Educación, Ciencia y Tecnología
Sergio Pianciola

Asesoramiento
Instituto de Estudios Históricos y Patrimonio Cultural
Emilio Klubus

Arte y Diseño Gonzalo Rielo / Repo Bandini

Arte de tapa
Gonzalo Rielo



INSTITUTO DE
ESTUDIOS HISTÓRICOS
Y PATRIMONIO CULTURAL

SECRETARÍA DE
EDUCACIÓN
CIENCIA Y TECNOLOGÍA

INSTITUTO
MUNICIPAL
DE LAS
CULTURAS

ALMIRANTE
Brown

  @municipiobrown



PRÓLOGO

ALMIRANTE BROWN HA SIDO, y es, un faro cultural. Estas tierras han dado prolíficos escultores, músicos, artesanos, pintores, escritores y otros grandes artífices de la cultura. En esta ocasión es Mariano Ritterstein, vecino de nuestra lo-

calidad, quien, mediante “Los misterios del Almirante”, le da forma a una obra que ya es parte importante de nuestro patrimonio.

En una novela de pintorescos ribetes, de atractiva trama y con un hilo a base de enigmas,

mas, cada capítulo da lugar a continuar la lectura llevando al lector a un mundo conocido, con personajes también cercanos, pero con la magia que brinda la ficción. El hecho al que mayor valor le damos los brownianos, es que la totalidad del texto está ambientado en nuestro distrito, permitiendo la recorrida imaginaria de lugares que se encuentran en distintas localidades, como la Plaza Brown, el barrio de José Mármol, la Granja Educativa Municipal, la Capilla Santa Ana, El Bar de Lippi, entre otros.

Asimismo, otro punto álgido lo brinda el hecho de que el

hilo argumental nace a partir de una ficción que toma a personalidades de nuestra historia, tales como Esteban Adrogué o el Almirante Guillermo Brown, lo cual brinda proximidad a los sucesos que devendrán.

Los jóvenes que protagonizan la obra permitirán a los estudiantes del distrito -destinatarios primeros del presente- sentirse identificados con las vivencias que deben experimentar para dar solución al dilema central: descubrir un tesoro emplazado en nuestro vecindario.

A su vez, por el designio histórico de proteger y velar por

las artes, El Instituto Municipal de las Culturas, la Secretaría de Educación, Ciencia y Tecnología y el Instituto de Estudios Históricos y Patrimonio Cultural de Almirante Brown, han acompañado el proceso que permite que hoy los estudiantes de las escuelas del distrito puedan disfrutar de la lectura que nos ofrece el autor.

En ocasión de los 150 años del distrito, engalanar los festejos con una obra de esta envergadura también da cuenta de cuán prolífico puede ser el trabajo de nuestra gente para continuar con la construcción de un sano

arraigo y una identidad común de todos los brownianos.

Es un placer para mí, y para nuestro equipo de trabajo, invitarlos a disfrutar de “Los misterios del Almirante” de Mariano Ritterstein.



Dr. Mariano Cascallares
Diputado Provincial



LA LITERATURA NOS BRINDA la posibilidad de viajar a mundos no siempre palpables, a destinos lejanos, con personajes que reúnen cualidades inimaginables y que van más allá de lo humano. Sin embargo, en ocasiones, la ficción se alimenta de elementos cercanos, comunes, lo cual arrima a la familiaridad de lo conocido, de lo habitual.

“Los misterios del Almirante” es una obra que utiliza, casualmente, los paisajes locales y personajes históricos reales para introducirnos en una trama de misterio y aventuras.

Sin duda alguna, los jóvenes de Almirante Brown podrán disfrutar

de un texto lleno de idas y vueltas, de enigmas. También podrán saber que hay, por estas tierras, lugares emblemáticos que han sido parte de la historia de nuestros padres o abuelos. ¿Quién puede negar que la Capilla Santa Ana con los frescos de Soldi o el Palacio Municipal con su particular arquitectura son lugares centrales de sus localidades?

Mariano Ritterstein, el autor de la novela, además de ser vecino de Adrogué, es un escritor poseedor de muchas obras de calidad, siendo la presente una más de su haber, pero con el agregado de haber sido realizada en ocasión de los 150 años del distrito.



Este texto recorrerá todas las escuelas y bibliotecas de cada una de las localidades y con esto garantizaremos que los jóvenes puedan acceder a un capital cultural que pone en valor la identidad local. A mí en particular me hubiese encantado leer algo parecido en mis años de secundaria, pudiendo leer cosas que tienen más que ver con “lo de todos los días” y no solamente con los clásicos universales. Por eso, tomar la iniciativa de apoyar estos proyectos es parte de confiar en que lo local -que puede extenderse a lo nacional- puede fomentar fuertemente la cultura.

Para finalizar, agradecer el trabajo de las distintas áreas del mu-

nicipio que apoyan iniciativas de esta naturaleza, ayudando a que todos los días haya más artistas que deseen mostrar sus realizaciones a los vecinos y vecinas. Es parte de nuestra filosofía de trabajo el seguir creyendo en que se puede transformar la Argentina, la Provincia y Almirante Brown con el aporte que se hace desde una mirada de progreso que procura transformar lo colectivo.

Los dejamos en compañía de “Los misterios del Almirante”. Espero que lo disfruten.

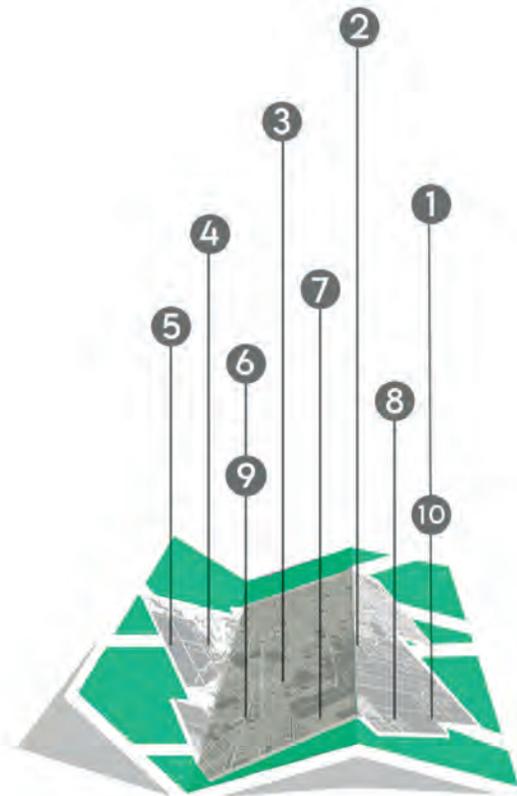
Juan José Fabiani
Intendente Municipal





INDICE





- **PRÓLOGO** PÁG 5
- 1 **AYER NOMÁS** PÁG 12
- 2 **AÚN NO ENCONTRÉ LO QUE...** PÁG 25
- 3 **BIENVENIDOS AL TREN** PÁG 35
- 4 **DESPUÉS DEL AGUA, MÁS AGUA** PÁG 45
- 5 **SOPLANDO EN EL VIENTO** PÁG 53
- 6 **MENSAJE EN UNA BOTELLA** PÁG 65
- 7 **CEMENTERIO CLUB** PÁG 73
- 8 **ME VERÁS VOLVER** PÁG 83
- 9 **CASTILLO DE PIEDRA** PÁG 91
- 10 **OTRO LADRILLO EN LA PARED** PÁG 99
- **BIBLIOGRAFÍA CONSULTADA** PÁG 108
- **AGRADECIMIENTOS** PÁG 110

AYER NOMÁS

I.

Buenos Aires, noviembre de 1854.

Parecía ser una mañana cualquiera en aquel taller de suelas y calzados a medida.

Cuando abrió la puerta del local de atención al público, que daba a la angosta calle, Esteban no podía creer lo que sus ojos estaban viendo.

Por el frente ingresaron tres personas, pero le fue muy fácil identificar al primero. El visitante vestía un estricto traje militar y tenía ojos claros, el cabello rubio entrecano, el rostro pleno de arrugas y la mirada cálida pero firme. Dado lo avanzado de su edad, la chaqueta le quedaba demasiado holgada.



— Buen día. Quiero ver a Esteban Adrogué —dijo en un español enrevesado y con voz apenas audible.

— Soy yo, Almirante —respondió, mientras observaba de reojo a los otros dos acompañantes que, con recelo, fisgoneaban el lugar. Uno de ellos, que también portaba uniforme militar, llevaba una maleta de cuero.

— Un gusto —dijo el navegante y estrechó firmemente la mano del comerciante — ¿Hay alguien más presente en el lugar?

— Detrás de aquella puerta, que da al fondo, está el taller, pero ahora está vacío. Está previsto el ingreso de los trabajadores en una hora aproximadamente.

Uno de los hombres se dirigió hasta allí; giró el picaporte, pero no logró abrir la puerta.

— Perfecto. ¿Tiene algunos minutos para conversar?

— Los que necesite, Almirante —dijo Esteban, colmado de respeto y admiración.

II.

El comerciante acercó una silla de madera y la puso enfrente de otra que ya estaba en el lugar. El recién llegado, caminando lento, se dirigió hasta allí y se sentó. Detrás del Almirante, como escolta, quedaron los otros dos individuos, de gran porte y rostro enjuto.

— Vamos al grano: además de este emprendimiento comercial, usted es constructor, según tengo entendido. Gran obra la del puente.

— ¿Constructor? No, no, para nada. Pero se podría decir que me gusta colaborar con proyectos relacionados con las obras públicas. Mi amigo Ochoa necesita de todo nuestro apoyo para semejante empresa.

— Correcto —el Almirante tomó un pañuelo de tela de su bolsillo y se llevó la mano a la boca para toser.



— ¿Un poco de agua?

— No, gracias — dijo, a duras penas —. ¿Y tiene algún terreno en vista como para construir algo, digamos, de importancia?

— ¿En vista? Muchos. Pero los más cercanos están a unos veinte, treinta kilómetros al sur. Unas hectáreas, tampoco mucho. Un hermoso lugar para hacer una residencia veraniega. Hace unos días fuimos con mis primos, los Portela, a recorrer aquella zona. Vastos terrenos, con frutales silvestres y leves mesetas. Muy recomendable para la salud.

— Me imagino..., más para aliviar los pulmones fatigados como los míos —el Almirante tomó unos segundos de respiro, se acomodó en la silla y decidió ir al punto de su visita —. No quiero parecer indiscreto, pero seguramente usted se preguntará qué hago acá, a no ser que piense que necesito calzado nuevo.

— Creo que no, pero disponga del par que guste. La casa invita. De todas maneras, a juzgar por tantas preguntas y cierto sigilo, imagino que no vino aquí por un par de botas.

— Es, por cierto, usted, un hombre muy inteligente, tal como me había contado un amigo suyo cuyo nombre por ahora me reservo. Pero también usted es una persona muy relacionada con la obra pública, un hombre de acción, un progresista como lo llaman ahora. Yo creo que eso hace a la patria.

— Nadie ha brindado tanto a esta nación como usted, Almirante — dijo Esteban —. Pero me dejé llevar por la emoción del encuentro y he sido muy descortés. ¿Le puedo ofrecer un té?

— Me encantaría, pero el tiempo apremia. Necesito su ayuda, Esteban...





III.

El ruido de un carruaje que pasaba por la calle alertó a los escoltas del Almirante que, sin mediar vacilación alguna, abrieron la puerta y salieron del lugar.

El Almirante observó unos extraños aparejos que asomaban por detrás de una puerta de un gabinete mal cerrado.

El anfitrión aclaró:

— Son un puñado de sogas y sujetadores. Cuando puedo, me hago una escapada a las sierras, para aventurarme en la escalada.

El Almirante asintió con la cabeza, recordando las sogas y nudos de sus viejos navíos.

A los pocos minutos, y ante el rostro azorado del comerciante, los custodios volvieron a ingresar al lugar.

Se dirigieron al Almirante sin hablar, solo con un gesto de negación.

— Como le decía, necesito su ayuda de forma urgente.

— Lo escucho con mucha atención...

— Necesito que haga un pueblo.

— ¿Qué?

El Almirante pareció esbozar una sonrisa. Afirmando levemente con la cabeza reiteró el extraño pedido:

— Necesito que construya un pueblo en las tierras de las cuales me habló, o en las que usted considere más idóneas.

Esteban miró a los otros dos hombres, que permanecían inmóviles y sin hacer el más mínimo gesto.

Evidentemente, aquella solicitud no era una broma.

Ni mucho menos.

TRES



IV.

— Creo que explicar todo esto va a llevar más tiempo — dijo el Almirante, tosiendo —. Le acepto un té. Solo, sin azúcar.

— ¡Cómo no...! — dijo Esteban, levantándose de la silla. Sacó una llave de su bolsillo y abrió la puerta que daba al taller —. Vuelvo en unos minutos.

Los escoltas amagaron con seguirlo, pero un ademán del Almirante los detuvo. Se contentaron con vigilar su camino con la mirada.

El comerciante tomó una vela de una repisa y caminó por un pasillo angosto y oscuro que daba al sector de la cocina; allí el lugar estaba más iluminado, por unos amplios ventanales que daban a un patio interno. El inconfundible aroma de la ruda inundó el sitio. Puso una pava con agua al fuego y buscó la mejor vajilla, que

se hallaba en la alacena superior. Lamentó no tener algo más acorde a la magnitud del visitante, pero aquello era una fábrica y no su casa.

Mientras el agua hervía, Esteban se tomó unos minutos para relajarse. Estaba viviendo una mañana alocada, intensa y llena de misterios.

Pero una mañana feliz.

Preparó el té en hebras e, improvisando una bandeja con una rústica tabla de picar, retornó al local.

— Aquí tienen. Si gustan...

Los custodios permanecían en el mismo lugar, tal cual los había dejado. Uno de ellos no soltaba la maleta y el otro clavaba la vista en dirección a la puerta del comercio.

— Muy gentil de su parte — el Almirante tomó su taza, pero los otros negaron con la cabeza —. No se ofenda, Esteban. Ellos agradecen su gesto, pero ahora están de servicio.

El navegante dio un sorbo largo a la infusión, exhaló fuerte y dijo:

— Muy bueno. Realmente muy sabroso. Creo que ni en Irlanda se consigue té de tan buena calidad...

— Es un regalo de un cliente que estuvo de viaje por Oriente — Esteban miró fijo al anciano y acotó —. Creo no haber entendido muy bien lo de la construcción del pueblo.

— Si tiene tiempo, a pesar de nuestras urgencias, le cuento una historia...

— Todo el tiempo del mundo — dijo Esteban —. Pero vamos a hacer las cosas como corresponde. Usted se merece toda la atención.

Luego se paró, se dirigió a la puerta de entrada y colocó un cartel: "Cerrado por duelo."

— Listo. Hoy no habrá clientes ni trabajadores. Lo escucho, Almirante.

El Almirante Guillermo Brown:

Nació en Foxford, Irlanda, el 22 de junio de 1777. Fue héroe de la Marina Argentina en la Guerra contra Brasil en 1826. Se destacó en innumerables batallas por nuestra independencia y organizó la flota nacional. Falleció el 3 de marzo de 1857. "No me pesa haber sido útil a la patria de mis hijos, considero superfluos los honores y las riquezas, cuando bastan seis pies de tierra para descansar de tantas fatigas y dolores..."

Don Esteban Adrogue:

Nació en Buenos Aires el 2 de septiembre de 1815. Con habilidad para el comercio, el ramo de fabricación de suelas le procuró una sólida posición económica. Progresista y emprendedor, participó de la construcción del puente Alsina y de obras de alumbrado, gas y pavimentación en Buenos Aires. Decidido, pensó en la construcción de un pueblo de trazado novedoso que fuera refugio de la peste de fiebre amarilla que asoló la capital en 1871. Falleció en 1903.





V.

El Almirante dejó el té a un lado y se acomodó la chaqueta, ciñéndola al cuerpo. Hacía años que, seguramente, descansaba en algún armario y sólo había salido para semejante ocasión.

Comenzó a hablar:

— No sé si usted conoce un poco mi historia...

— De principio a fin — interrumpió Esteban, sin ocultar su fanatismo por la obra naval de su interlocutor.

— Entonces conocerá muy bien los hechos del 17 de mayo de 1814, cuando derrotamos a los realistas usurpadores del Uruguay, a orillas de Montevideo. Pasaron décadas, pero lo recuerdo como si fuera ayer.



— Sí, he leído mucho sobre eso.

— Pero hay cosas que no cuentan las gacetas, usted comprenderá.

El comerciante hizo un gesto de aprobación.

— Mucho han dicho los periódicos de la captura de la corbeta Neptuno, en una gran maniobra conjunta que derivó en que nuestros hombres, al mando del entrañable Oliverio, hicieran sucumbir la resistencia de los españoles.

— Sí, sí. Gran hazaña. Una pena cómo terminó sus días el comandante — dijo Esteban, recordando el fallecimiento de Russell en las aguas próximas al Cabo de Hornos en 1815.

— Sí, un gran hombre. Pero volvamos al punto. Si quiere, le cuento la hazaña y su inesperada consecuencia.

— Qué más quisiera yo, Almirante.



SEIS

VI.

Queche:

Embarcación de un solo palo, de igual forma por la popa que por la proa, y cuyo porte varía de 100 a 300 toneladas

Corbeta:

Antiguo buque de guerra, con tres palos y vela cuadrada, semejante a la fragata, aunque más pequeño.

Fragata:

Buque de guerra de tres palos, que usualmente comandaba las expediciones de combate.

Bergantín:

Buque de dos palos y vela cuadrada o redonda.



El Almirante se acomodó en la silla, se estiró un poco el saco hacia abajo, carraspeó suavemente y comenzó el relato:

“La fuerza naval española tenía doce barcos en total, Esteban. Doce barcos que incluían un **queche**, dos **corbetas** y dos **fragatas**, y la suma total de 169 cañones. Pero no íbamos a acobardarnos por eso, a pesar de que nosotros contábamos con nueve navíos nada más, que incluían una fragata, la Hércules, y tres corbetas, sumando en total 135 cañones.

Era difícil, pero no imposible.

El 14 de mayo de 1814 yo estaba al mando de la fragata y avanzamos raudamente sobre la fuerza enemiga, pero al poco



tiempo emprendimos la retirada, acercándonos a la zona del Buceo.

Aquel movimiento no fue más que una celada, ya que logramos el objetivo: las naves enemigas emprendieron la persecución, alejándose de la costa y sin estrategia alguna.

Al percatarse de la estratagema, el Hiena, el queche de los españoles, aprovechando el arribo de la oscuridad y su rapidez, se escapó por la noche, llevando el tesoro de Montevideo. Esos dieciocho cañones menos equiparaban un poco más la artillería.

En el fragor del combate perdimos al falucho San Luis, pero sería una baja pasajera.

Una gran tormenta nos azotó aquel 15 de mayo; una tempestad nunca antes vista, creo, que continuó la madrugada del día siguiente, amainando al amanecer.

Y el 17 nos plantamos en feroz combate. No voy a entrar en los detalles, Esteban,

pero al trasladarme a la corbeta Itatí y encabezar la batalla nos cruzamos con un **bergantín** rezagado, con tal desdicha que resulté herido en una pierna.

Maldije mi suerte, pero no iba a abandonar a la tripulación. Me trasladé a la Hércules, para que el médico me hiciera las curaciones respectivas.

Era un dolor intenso que no me permitía caminar, pero jamás dejaría el barco.

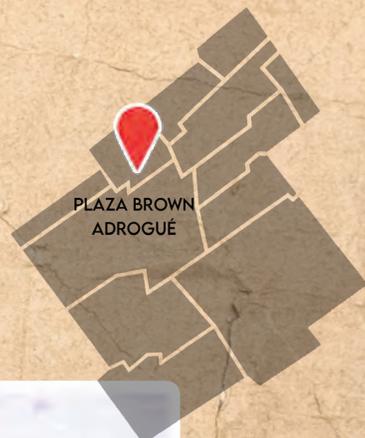
Y usted ya conoce el final de la historia, pero aquella batalla no solo dejó un triunfo memorable y una pequeña cicatriz en la pierna”.

Esteban miraba al Almirante con admiración suprema. Había escuchado el relato de una de las grandes epopeyas patrias de la misma boca de su gestor.

— Al capturar el Neptuno nos encontramos con esto — dijo el Almirante, señalando la vieja maleta de cuero que portaba uno de sus hombres —. Y, luego de ver su

contenido, el cual espero mantenga en secreto, usted comprenderá la importancia de esconderlo. Por favor, José, acérquesela.

Adrogué miró la maleta y, mientras se la aproximaban, se bebió todo el té. Hubiera preferido algo más fuerte.



MICAELA MAMANI, 17 AÑOS / MALVINAS ARGENTINAS

VII.

Cuando Esteban tomó la maleta amagó con abrirla, pero la voz firme del Almirante lo detuvo.

— Ahora no, por favor.

Esteban dedujo, entonces, que los hombres que acompañaban al héroe de la patria desconocían el contenido de aquello que tan celosamente custodiaban. Y que debía permanecer así.

Todo eso le parecía mucha carga sobre sus hombros.

— Pero si el contenido de esta maleta es tan importante, ¿por qué esconderlo y no destruirlo?— preguntó, luego de algunos segundos de hermético silencio.

— Porque, usted comprenderá, no somos nosotros los encargados de destruir la historia. Quizás el tiempo lleve este secreto a buen puerto, pero ahora no son tiempos fáciles para la patria. En un fu-

turo tal vez todo esto se comprenda, estimado Esteban...

— ¿Y no sería bueno que esto salga a la luz? — murmuró Adrogué.

— Todo a su debido tiempo, todo a su debido tiempo... O nunca — reflexionó el Almirante, esbozando media sonrisa o eso pareció.





VIII.

Cuando por fin se retiraron los tres hombres, Esteban no podía creer lo vivido minutos atrás.

Se escuchaba un carruaje a la lejanía y el sol de la mañana ingresaba por la vidriera, pero su incredulidad superaba cualquier otra sensación de bienestar.

Era un hecho extraordinario: el mismísimo Almirante de la patria se había aPERSONADO a su humilde taller.

Y no solo eso: le había encomendado una misión más trascendente que cual-

quiera de las batallas libradas en los ríos y mares de Argentina.

Porque si aquello se supiera, si aquel contenido misterioso saliera a la luz, todo lo conseguido por los patriotas, toda la sangre derramada, todas aquellas cruentas luchas para llegar a la reconciliación nacional, todo eso sería en vano. Hay secretos más peligrosos que la espada.

Le corrió un escalofrío en el cuerpo.

El Almirante tenía razón: no bastaba con guardarlo en una casa, enterrarlo en un parque o hundirlo en el mar. No alcanzaba con quemarlo, con separarlo en cientos de partes.

No era mala la idea de hacer un pueblo entero encima y desperdigarlo por toda su extensión.

Allí, sentado en la silla de madera, en su reconocida despensa de zapatos, Esteban Adrogué se abrazó a la maleta, que ahora había quedado en su poder.



DELFINA OLIVERA, 13 AÑOS / ADROGUÉ



AÚN NO ENCONTRÉ LO QUE ESTOY BUSCANDO

1.

En algún lugar de Almirante Brown, hoy.

Cuando sonó el timbre del recreo, todos respiraron aliviados: la prueba de Matemáticas había concluido.

En el patio, Milagros fue la primera en preguntar:

— ¿Cómo te fue, Jose?

Josefina la miró dubitativa. El punto dos no lo había podido hacer y tenía muchas dudas con el quinto.

— Más o menos. ¿A vos? — preguntó por preguntar, porque sabía la respuesta. Se mordió su trenza larga y rubia. Solía hacer eso cuando se ponía nerviosa por algo.

— Bien. Hice todo y creo que me dio perfecto. Ahí vienen los chicos...

Entre algunos chicos que charlaban cerca del kiosco y comían pochoclos, el primero en aparecer fue Guido y, por detrás de él, en su silla de ruedas, asomaba Mauro. Estaba en ella desde muy pequeño, por haber nacido con espina bífida. Tenía unos largos rulos colorados, pecas en las mejillas y llevaba puesta una gorra verde que solo se sacaba en tres ocasiones: para bañarse, para entrar al aula y para dormir.

— ¿Cómo les fue? — Milagros no podía con su ansiedad; quería saber todo. Sus grandes ojos negros se abrían mucho y levantaba levemente las cejas cuando preguntaba.

— Mal..., pero no sé — respondió Mauro.

— Siempre decís lo mismo y después te va recontrabien — dijo Josefina, desconfiando de los dichos de su amigo.

— Yo no sé el punto cinco: a mí me da 820, pero me parece mucho — dijo Mauro.

— ¡A mí también! — gritó Josefina, con-

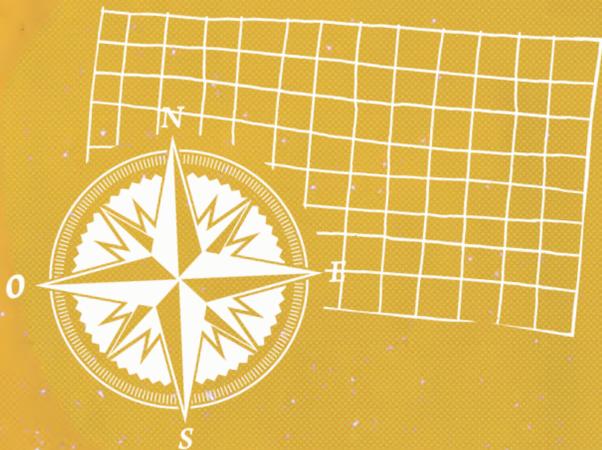


tenta por la coincidencia en el resultado.

— Eso no quiere decir nada. Tal vez se equivocaron los dos — bromeó Guido. Era alto, delgado, algo encorvado y con el pelo castaño oscuro. Se dejaba el flequillo largo porque le gustaba correrlo hacia un costado con la mano.

Una sombra voluminosa se asomó por detrás del grupo.

— ¿Puedo hablar con ustedes en mi oficina?— dijo la Directora.



2.

El grupo siguió a la Directora por los pasillos de la escuela.

En el fondo de un corredor, apenas pasando el baño de docentes, se encontraba el despacho.

La mujer abrió la puerta, que tenía un vidrio opaco y en él, escrito en grandes letras doradas, figuraba su nombre: “Prof. Susana B. Caire”. El apellido dejaba en evidencia el apodo que le habían puesto los alumnos, “La caries”, que la Directora fingía desconocer.

El último en entrar fue Mauro y, ante un gesto de la Directora, giró y cerró la puerta. Como solo había dos sillas, Guido permaneció de pie, a un costado de su amigo, muy nervioso. Era la primera vez que ingresaba a esa oficina y eso, a simple vista, no podía ser bueno.

En cambio, Josefina estaba muy tranquila y trataba de revisar todo el lugar con la mirada. Sus ojos captaron rápidamente





te la bandera nacional que se solía usar para los actos, un escritorio lleno de papeles, una biblioteca repleta de biblioratos y carpetas, un cuadro de San Martín y un retrato dibujado de otro prócer que no reconoció, una cafetera vacía y la cara de seriedad de la Directora, que se sentó enfrente de ellos, con el semblante típico de no haber tenido un buen día.

— Los cité a los cuatro ya que muchos docentes me han dado buenas referencias de ustedes.

Ese comentario alivió un poco a Guido, que largó el aire contenido por tantos nervios.

— Les tengo que encomendar un trabajo de investigación — prosiguió la Directora — que, para no generar falsas expectativas con el resto de sus compañeros, vamos a mantener en secreto hasta que llegue a su fin, ¿les parece?

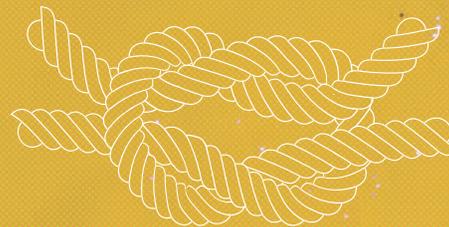
Mauro se encogió de hombros. No le convencía mucho encarar otro trabajo sumándole a la gran cantidad que ya tenía

pendiente. En cambio, Milagros asintió con entusiasmo.

— Pero quédense tranquilos; ya hablé con el profesor Echauri. En caso de hacerlo bien, cosa que doy por hecho, sumarán una gran calificación para su asignatura.

— ¿Entonces tiene que ver con Historia? — consultó Guido.

— Sí, con Historia Argentina.





3.

— Y, hablando de Historia, dejen que les cuente una para que vean por dónde va el trabajo de investigación...

Los chicos se miraron entre sí, inquietos, mientras las chicas se sentaron más cómodas. Adoraban los cuentos.

La Directora tomó aire y, como si fuera a dar clase, se paró.

— Hace muchos años, dicen, hubo un encuentro fugaz entre el Almirante Guillermo Brown y Don Esteban Adrogué. Y, a partir de ese encuentro, el fundador de buena parte de estas tierras ocultó cierto tesoro que le dejó el gran patriota. Y yo quiero que lo encuentren o, al menos, me digan qué fue de él...

— ¿Una búsqueda del tesoro? ¡Me encanta! Yo me sumo —dijo Mauro, con real entusiasmo.

— Esperá Mau —dijo Guido, temeroso—. ¿Por qué nos encomienda semejante tarea a nosotros?

La Directora lo miró fijo, pero parecía estar esperando aquella pregunta.

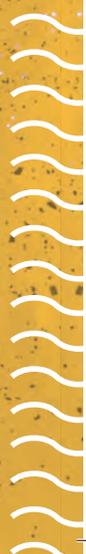
— Porque me hablaron muy bien de ustedes y, principalmente, porque yo estoy vieja para hacerla.

— Pero... ¿Por qué no lo buscan, si no lo hicieron ya, los historiadores, arqueólogos o los que estudian cosas así? — preguntó Milagros.

— Porque yo soy la única que sabe de su existencia... — dijo la Directora. Luego caminó hacia la biblioteca, tomó un librato que decía “Actas de 1998—1999” y lo abrió ante la vista de todos —. Lo tengo escondido, porque a nadie se le ocurriría abrir esta carpeta... ¡Acá está!

Del interior de uno de los tantos folios que allí se encontraban, la Directora extrajo un papel muy antiguo, escrito de puño y letra.

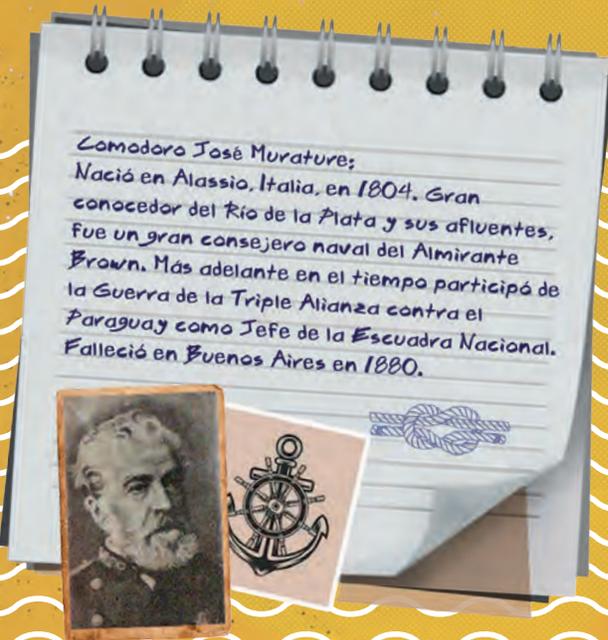
— Aquí, **José Murature**, amigo personal del Almirante, narra lo sucedido en el encuentro, en una carta que le envió a su sobrino que vivía en Tucumán.



— ¿Y usted por qué la tiene? — inquirió Milagros, que siempre quería saber todo.

— Solo voy a decirles que la obtuve casi de casualidad. Pero recuerden una cosa: lo que hablamos acá es secreto. ¿Está claro?

Todos, en aquella sala, entendieron las últimas dos palabras más como una advertencia que como una pregunta.



4.

— De todas maneras, lo más importante que deseo —prosiguió la Directora— es saber si aceptan el desafío. El tiempo apremia y es necesario obtener información urgente sobre el paradero del tesoro. O develar parte del misterio. Solo tienen una semana.

— ¿Una sola semana? —pareció protestar Guido.

La Directora asintió con la cabeza, con gesto de preocupación.

— Yo sí acepto —dijo Milagros, codeando a Josefina.

— Yo también —dijo su amiga, no muy convencida—. ¿Y ustedes, chicos?

Guido se encogió de hombros. Tenía muchas dudas y hasta le parecía peligroso, pero, a fin de cuentas, todas las cosas le parecían así.

Mauro dijo:

— Yo no tengo nada más interesante que hacer, así que acepto.



Todos miraron a Guido, que se acomodó el flequillo.

— Tengo una duda muy importante antes de responder por sí o por no.

— Hay cosas que no puedo contarles, pero pregunte y veré si le puedo dar una respuesta... —dijo la Directora, volviendo a sentarse en su amplio sillón.

— Si, por ejemplo, tenemos que investigar una cosa por la mañana, ¿usted justifica la falta a clases?

Milagros largó una carcajada.

— ¿De qué te reís? Yo ya tengo seis inasistencias y no pasaron ni tres meses de clase...

La Directora no respondió, conteniendo una sonrisa.

— Dale, Guido, no te hagas rogar —suplicó Milagros—. Así estamos todos juntos.

— Está bien —dijo, aunque sabía que todo aquello le iba a traer un dolor de cabeza gigante.

Salieron de allí repletos de felicidad e intriga. Comenzaba la aventura.

5.

El día siguiente parecía ser otro día normal de clases. Pero en el último recreo, los tres amigos vieron cómo la Directora hablaba con Josefina en un costado del patio. Discretamente, también le pasaba un papelito que su amiga guardó en un bolsillo del pantalón.

— ¿Qué fue eso? — preguntó Guido, cuando ella se acercó hasta la puerta del salón. La profesora de Biología apuró el ingreso.

— Shh... A la salida les cuento.

Esas dos horas le parecieron interminables. Ya quería contarles a sus amigos lo que la Directora le había dicho..., pero había que esperar.

Cuando sonó el timbre se reunieron en la puerta de la escuela.

— Dale... ¿Qué te dijo?— preguntó Guido, muy ansioso. Tanto, tanto, que no paraba de acomodarse el flequillo de un lado para el otro.





— Hoy a las dos de la tarde comienza todo. Vamos a la Plaza Brown y, cuando estemos los cuatro, tenemos que llamar a este número — acto seguido, Josefina sacó el papel que tenía guardado en su bolsillo, que tenía un nombre y un número de teléfono.

— ¿Y quién es Ramón?

— Nuestro contacto — dijo Mauro, que ya se sentía parte de una especie de película policial.

— Bueno, vamos a almorzar cada uno a su casa y nos vemos en la Plaza — dijo Milagros.

— ¿Te paso a buscar? — preguntó Guido, mirando a Mauro.

— No, no. Le digo a mi vieja que me alcance. Porque pienso acudir bien equipado.

Los otros tres se miraron. Ya sabían lo que su amigo tenía preparado...



6.



El primero en llegar fue Guido. Buscó un banco con sombra, debajo de un eucalipto, cercano al mástil de los caballos, frente a la Escuela 1. De repente, se estremeció. Unas manos frías le taparon los ojos.

— Dale, Jose, sos vos — dijo convencido.

— Perdiste — dijo Milagros, separando las manos —. ¿Siempre pensando en Josefina? Y se rio, tapándose la boca con la mano.

Luego dio media vuelta al banco de madera y se sentó con él.

— ¿No te parece increíble todo esto? Es como una búsqueda del tesoro, pero la mismísima Directora nos manda a hacerla...

— Sí, vos lo dijiste. Es increíble. Tengo muchas dudas sobre...

Un grito agudo no lo dejó terminar la frase.

— ¡Ahí están! — pasando cerca del **monumento a Guillermo Brown**, Josefina agitaba su mano.

Cuando se acercó al banco, preguntó:

— ¿Y Mauro?

Apenas terminó la frase cuando vio cómo se acercaba su amigo, equipado como había prometido. Venía desde la otra punta de la plaza, dando la espalda al imponente Palacio Municipal rosado. Mauro había adaptado su silla de ruedas: le había acoplado una bandeja de cocina a modo de escritorio, donde llevaba una computadora portátil. A su vez, tenía cruzada una alforja antigua, llena de herramientas y útiles escolares.

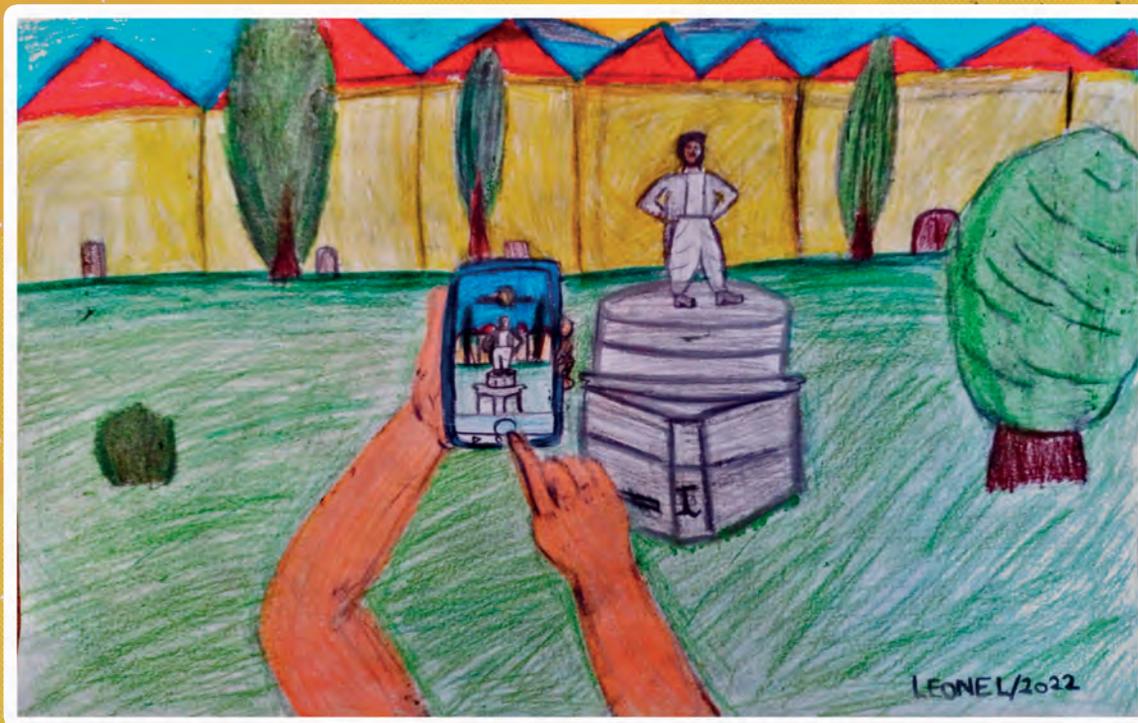
— Llegó el ingeniero... — bromeó Guido, al saludarse. Se golpeaban el puño dos veces, luego se tocaban con la palma y el revés de la mano y, por último, se entrelazaban los dedos dejando el pulgar hacia arriba.

— ¡Te viniste con todo! — exclamó Josefina.

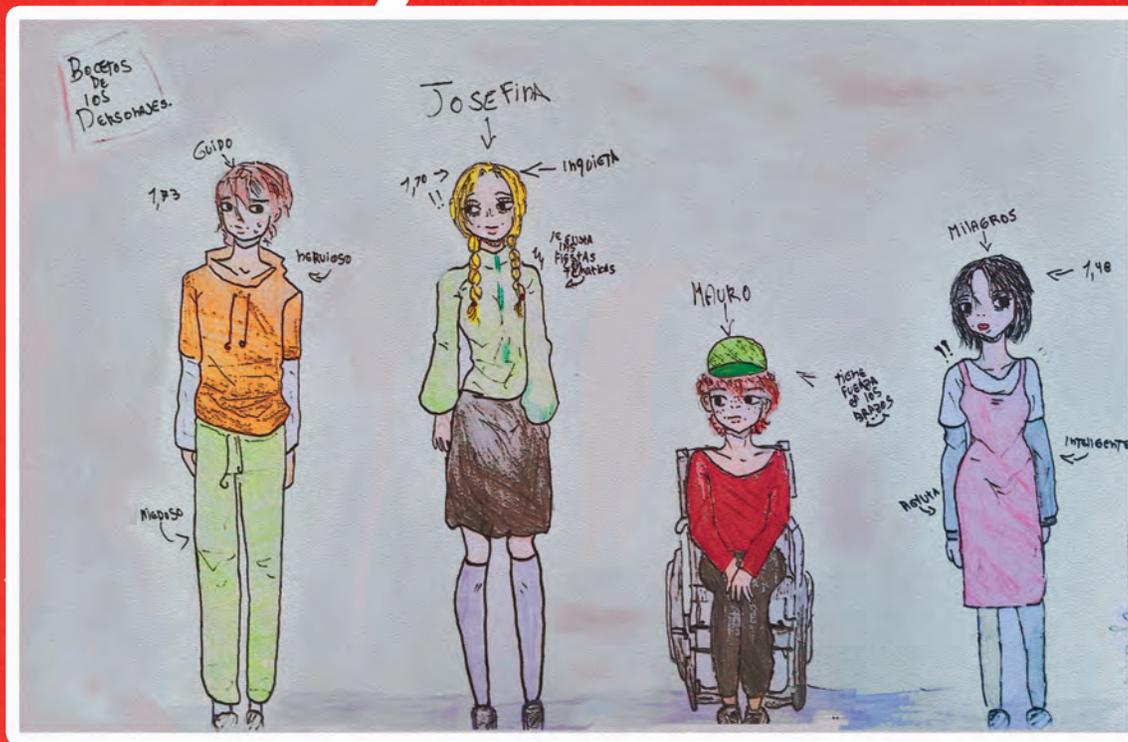
— Uno nunca sabe...

Monumento al Almirante;
Se inaugura el 2 de febrero de
1886. Obra del escultor Francisco
Zafferata. Las actuales placas
que adornan el monumento fueron
donadas por el propio Esteban
Adrogé, el 2 de febrero de 1802.
Las placas ostentan las frases
"Guillermo Brown", "La Nación
agradecida a sus servicios", "17 de
mayo de 1814" (Batalla de
Montevideo) y "9 de febrero de
1827" (Batalla de Juncal).





LEONEL PALACIOS, 12 AÑOS / SAN JOSÉ



MORENA ESPÍNDOLA - MARTINA VERDÚN - BELÉN GONZALES, 14 AÑOS / MÁRMOL.

BIENVENIDOS AL TREN

7.

Ya estaba todo preparado para el inicio formal de la aventura. La plaza parecía ser la de siempre: algunas palomas viajaban de un lugar a otro, cinco o seis chicos jugaban a la pelota esquivando un farol, y otros hacían piruetas con sus bicicletas. Dos chicas con muchos rulos tomaban mate en el sector que daba a la iglesia y un par de señoras, vestidas con sendas calzas fosforescentes, caminaban en derredor.

Josefina sacó el papel doblado que tenía en su bolsillo y, utilizando su teléfono móvil, marcó el número.

Alguien atendió.

— Hola... — dijo Josefina.

Silencio.

— ¡Hola! — repitió.

Silencio.

— ¿Ramón?

Sintió que alguien, o algo, cortó la comunicación. Miró el teléfono otra vez, por si alguien la llamaba.

— No me respondió nadie, pero creo que me atendieron — explicó, ante la mirada expectante de sus amigos.

— ¿Y ahora? — preguntó Mauro, visiblemente alterado por la falta de respuesta.

— No sé... ¿Pruebo de nuevo?

— Me parece que no hace falta — dijo Milagros, encogiéndose de hombros.

Detrás de ella, una enorme figura le tapaba el sol.



8.

Vestido con elegante traje negro, camisa blanca y corbata roja, un hombre del tamaño de un oso les entregó un papel y se marchó, sin decir palabra alguna.

Ninguno de los cuatro atinó a decir nada. Solo lo vieron irse, abrir la puerta de una gran camioneta negra y largarse de allí.

Milagros leyó el papel:

— “Por donde indica el Almirante.”

— ¿Quién escribió eso? ¿La caries? — preguntó Guido.

— No creo, parece un papel viejo, como el que tenía en aquella carpeta...

— ¿Y qué quiere decir? Si fuera una búsqueda del tesoro, tendría que haber coordenadas, o tendríamos que contar pasos, o cosas así... — protestó Guido.

— Yo diría que hay que ir a donde está el Almirante... — Mauro giró, apuntando a la estatua del héroe de la patria.

— ¡Eso es! — dijo Milagros.

Y juntos avanzaron hacia allá, mientras las palomas se corrían del camino.

Frente a la imponencia del monumento, Milagros volvió a leer:

— “Por donde indica el Almirante.”

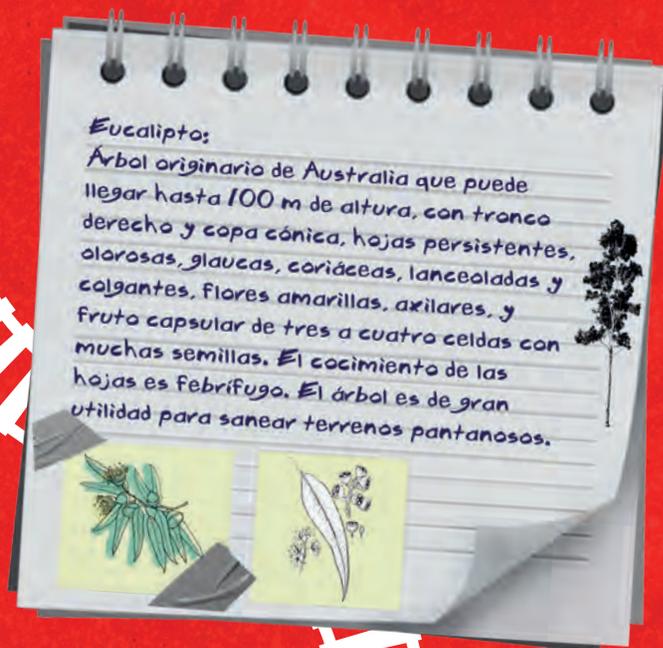
Y ellos se acomodaron igual que el Almirante, con la mirada clavada en la Diagonal que daba al centro.

— ¿Tenemos que ir para ahí? ¿Y cuándo frenamos? — preguntó Guido.

— Nos estamos apurando un poco, me parece. Si esta es una investigación histórica, debemos investigar en la historia — dijo Milagros enfatizando esto último, y continuó —, porque si queremos encontrar algo enterrado hace más de un siglo, tendremos que buscar cosas que tengan muchos años...

— ¿Y el monumento de cuándo es? Yo no creo que el tesoro pueda estar acá abajo, porque si nos ponemos a hacer un pozo en la plaza me parece que, como mínimo, vamos a ir presos... — dijo Guido.

— Tal vez no se trate de cavar, sino de entender... — dijo Milagros.
Pero nadie entendió lo que quiso decir.



9.

— ¿Qué hacés, Mauro? — preguntó Guido, observando a su amigo que iba y venía con el teléfono en una mano.

— Le saco fotos al monumento y luego las subo a la compu, para ver los detalles...

— ¡Buena idea! — exclamó Milagros — Eso quería decir con “entender”. Quizás debemos resolver algunas pistas...

Algunos paseantes observaban al extraño grupo sacar fotos de un lado y del otro. Una vez finalizada la tarea, los chicos buscaron refugio a la sombra de un **eucalipto**.

— ¡Listo! — exclamó Mauro, cuando ya todas las fotos formaban parte de su computadora. Los restantes se pusieron atrás, para observar las imágenes.

— Tratemos de ver si el monumento nos da alguna pista — sugirió Josefina —. Ahí, en cada uno de los costados, tiene una fecha...

— “9 de febrero de 1827”— leyó Mauro en voz alta.

— Ese día cumple años mi hermana... — dijo Guido.

— Sí, igual no creo que tu hermana sea tan vieja — bromeó Milagros —. ¿Qué habrá pasado ese día?

— La batalla de Juncal, gran victoria naval argentina — explicó Mauro que, ni lerdito ni perezoso, ya había buscado información por internet. Milagros sacó una libreta rosa de su mochila y anotó.

— Perfecto. ¿Y la otra fecha? Así la registro también...

— “17 de mayo de 1814”— respondió Mauro, ampliando la imagen de la foto.

— Si no me equivoco, mi tía Virginia cumple ese día también — dijo Guido—. Sí, ya sé. Tampoco debe ser por ella...

— No creo... Día de la Armada Argentina... Combate de Montevideo... — aclaró Mauro.

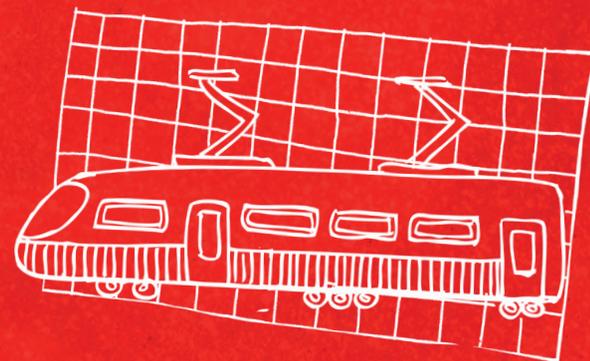
Milagros anotó y dijo:

— Luego podríamos investigar esto, a

ver si nos da una pista sobre lo que buscamos.

— ¿Y qué buscamos? — preguntó Josefina, mirando cómo una hoja suelta del eucalipto giraba por el aire.

— Por ahora, lo que indica el Almirante... — respondió Milagros encogiéndose de hombros.



10.

De pronto, una frenada repentina y violenta frente a la iglesia hizo que los chicos dirigieran su atención hacia allí.

De una camioneta celeste bajaron seis chicas y cuatro chicos, con uniformes típicos de colegio. Llevaban camisas blancas, corbatas naranjas y negras y pantalón o polleras en tono gris. Además todos portaban anteojos oscuros, extrañas herramientas y cara de pocos amigos.

Se dirigieron al monumento y empezaron a escudriñar el lugar.

— Parece que no vienen solos. Tienen compañía — dijo Guido, señalando a dos mujeres de rostro similar y vestidas con estricto traje naranja, que bajaron últimas de la camioneta. Una llevaba un portafolio negro; la otra, una carpeta.

Acto seguido, la pareja empezó a preguntarle cosas a la gente que se hallaba en la plaza.

— La Directora no dijo nada de que otra escuela tendría el mismo trabajo de investigación. Así no vale. Nos tenía que haber avisado — protestó Milagros, a viva voz.

— Es verdad... Ahora tenemos competencia — reflexionó Mauro, moviendo la silla de adelante hacia atrás y viceversa.

— No me gusta nada esto — dijo Guido, señalando hacia el monumento —. ¡Miren!

Los chicos del otro grupo habían saltado las rejas y con un detector de metales hurgabán en el mármol del pedestal.

— Se acercan... — murmuró Josefina, al ver cómo las mujeres de traje se arrimaban a pocos metros del eucalipto.

— Yo digo que nos vayamos — sugirió Mauro, apagando la computadora —. Después seguimos con esto.

— ¡Vamos! — dijo Mili, apuntando hacia el Palacio Municipal.

Un perro flaco salió disparando al ver al grupo arremeter por detrás del mástil, mientras dos chicos tomaban una pelota entre sus manos, por miedo a perderla.

Uno de los chicos del otro colegio advirtió el furtivo escape e hizo un gesto. A pesar de los tacos altos, las mujeres empezaron a correr en dirección a ellos.

Guido se puso detrás de Mauro y comenzó a acelerar.

Al llegar al borde de la plaza, los chicos se frenaron. En socorro, la camioneta de Ramón abrió su puerta lateral. Las chicas treparon, mientras Guido giró la silla rápidamente, quedando de espaldas al vehículo. En dos segundos ayudó a su amigo a subir. Con las mujeres pisándoles los talones, Mauro cerró la puerta con un fuerte manotazo. El chofer aceleró, perdiéndose por el empedrado de la calle Drummond.

Sin decir palabra alguna, Ramón dejó a cada uno en la puerta de su domicilio. El último en bajar fue Guido. Antes de cerrar la puerta del vehículo, miró hacia los dos lados de la calle. Pasó un auto con las luces apagadas, perdiéndose por la esquina. Luego solo atinó a decir un refrán:

— Hombre precavido vale por dos.

11.

Era sábado y Mauro se refugiaba debajo de las sábanas. El sol entraba por la ventana, pero eso parecía no importarle. Aunque no pudo evitar despabilarse con el sonido del timbre, constante y ensordecedor. Su mamá salió a ver y, al rato, volvió a la habitación de su hijo:

— Es tu amigo Guido.

— Hmmrfggg... ¿Quién?

— Yo — dijo su amigo.

— ¿Qué hacés tan temprano? — preguntó Mauro, abriendo un solo ojo.

— ¿Temprano? Es casi el mediodía. No pude dormir nada... No sé cómo vos podés...

— Así, mirá — acto seguido, se puso la almohada en la cara y simuló roncar, aunque ganas de hacerlo no le faltaban realmente.

— Dale... Yo dormí con miedo. Mirá si las mujeres de naranja nos venían a buscar...

— ¿Y si vienen qué? Si nosotros no estamos haciendo nada. Ni sabemos nada.

— ¿No te pareció raro que justo en el mismo momento que nosotros estamos buscando un tesoro aparezcan estos chicos? ¿Y las gemelas? Nunca pasa nada ahí y ahora esto... Para mí que hay gato encerrado... — cuestionó Guido, moviendo su flequillo.

— ¿Dónde? Acá solo tenemos perro...

— Es una forma de decir...

— Vos y tus refranes... ¿Hablaste con las chicas?

— No, pero quedamos en encontrarnos en la **Estación Adrogué**.

— ¿Van las dos?

— Y... sí.

— ¿Va Josefina?— una sonrisa socarrosa cubrió el rostro de Mauro y, con ambas manos, hizo el símbolo de un corazón.

— ¡Basta! Es una amiga. Levantate de una vez, que nos esperan en la estación.

— ¿Por qué ahí?

— Milagros dijo que hacia allá miraba

el Almirante, y que la estación fue de las primeras cosas en construirse.

— ¿A qué hora?

— ¡Qué sé yo a qué hora se construyó!

Mauro meneó la cabeza. Con fuerza en sus brazos, irguió su cuerpo para poder vestirse.

— ¿A qué hora nos juntamos?

— Ah... A las doce.

— Pero ya son doce y diez.

— Por eso. Apurate Mauro, apurate. Al que madruga, Dios lo ayuda...

— Dale con los refranes. Tengo otro, por las dudas: No por mucho madrugar se amanece más temprano.

Y hundió la cabeza en la almohada otra vez.





12.

La Estación Adrogué era el nuevo lugar de reunión. Pero la llegada del tren eléctrico, hacía ya muchos años, había transformado toda la zona. No quedaban rastros de aquella vieja estación de fines del siglo XIX.

— Acá no hay nada — murmuró Josefina.

— Nada. Y ni los chicos aparecieron — dijo Milagros, buscando algún indicio en la Plaza San Martín, lugar contiguo a la estación.

Era un sábado espléndido. Mucha gente transitaba por allí, pero la mayoría iba apurada por las compras de la mañana. Caía el mediodía y algunos niños jugaban en la hamaca.

Al rato aparecieron los chicos.

— Perdón por la demora — dijo Mauro, acercándose con la silla hasta el banco de plaza donde las chicas parecían conversar —. Me quedé hasta tarde buscan-

do cosas en las fotos del monumento. Por algo las mujeres de naranja estaban buscando también.

— ¿Y qué encontraste? — preguntó Josefina, sin saludar.

— Esto...

Mauro colocó la computadora sobre su regazo y, luego de un par de minutos, mostró algunas imágenes.

Las primeras mostraban a la figura del Almirante desde todos los ángulos: la mano derecha abierta, la otra portando un papel enrollado, los pies ligeramente separados, la vista hacia adelante, el sable guardado, la bandera a sus pies. Pero las siguientes imágenes eran de un pequeño detalle del pedestal, apenas debajo de la figura humana.

— Miren estos símbolos. Son raros. Bien podrían ser una pista.

Las fotografías ampliadas mostraban seis pequeños círculos, separados por otros seis iguales, que contenían diferentes imágenes, algunas de las cuales los

chicos no alcanzaban a distinguir.

— ¡Esos son dos catalejos cruzados! — exclamó Guido, al identificar una figura.

— Sí, creo que sí. Este otro es un bicho, como si fuese un calamar o algo así. Un tridente parece aquel. Y el de al lado parece una brújula... — dijo Mauro.

— ¿Una brújula?— dijo Mili. Luego se rascó la cabeza y acotó —. Eso es lo que andamos buscando.

— ¿Y hacia dónde señala? — preguntó Josefina, entusiasmada por el hallazgo.

— Pareciera que al Noreste...

— ¿Y qué hay al Noreste en el municipio? — preguntó Guido.

Milagros se agachó en el piso, apoyó su mochila y sacó un mapa. Luego de revísarlo minuciosamente algunos segundos, dijo:

— Mármol y San José.

— Entonces vamos para allá... — propuso Mauro.

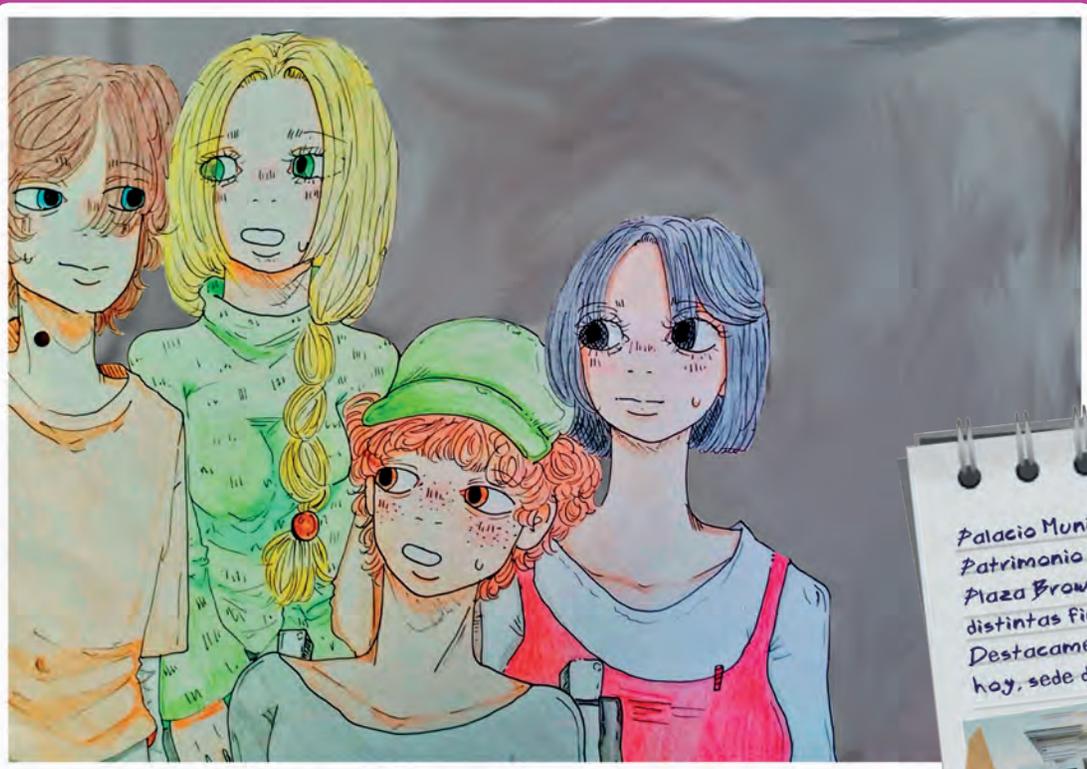
— ¿A buscar qué?— Guido se tomó la cabeza, sin comprender nada.

— Agua. Todos los símbolos hacen referencia al agua — dijo Milagros. Y rascándose la nariz agregó — Pues busquemos agua... Se me ocurre una idea...

Estación Adrogué:

En 1871 Esteban Adrogué gestiona la creación de una estación ferroviaria cercana a sus propiedades y la traza de un pueblo junto a esa estación. Su deseo era llamarla Almirante Brown, pero como ya existía una estación con ese nombre, el Ferrocarril del Sud, acorde a las leyes vigentes, le puso el nombre del creador del proyecto y donante de las tierras. El primer expreso Constitución-Adrogué tiene fecha del 29 de septiembre de 1872.





TIZIANA RIVERO, 13 AÑOS / MÁRMOL



Palacio Municipal:
Patrimonio histórico del distrito, frente a la
Plaza Brown. Fue construido en 1882 y tuvo
distintas finalidades; Alcaldía, Juzgado de Paz,
Destacamento de Bomberos Voluntarios y,
hoy, sede del Poder Ejecutivo.





DESPUÉS DEL AGUA, MÁS AGUA

13.

— ¡Pero Mármol queda para allá! — protestó Guido, señalando la calle Bynnon, mientras Milagros encaraba otra vez para la plaza por la extensa diagonal.

— Ya sé, pero yo sé dónde había agua hace muchos años...

Los tres se encogieron de hombros, pero la siguieron.

En vez de ingresar a la plaza doblaron por la recova y llegaron al **Palacio Municipal**.

Allí se detuvieron.

— ¿Querés hablar con el Intendente? — preguntó Josefina, aunque sabía la respuesta.

— No, pero miren...

Detrás de la reja que bordeaba el Palacio, dos hermosas fuentes antiguas, con detalles en pequeñas venecitas celestes, se ubicaban a los costados del edificio.

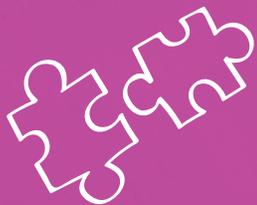
— Allí seguro había, y hay, agua — dijo Milagros, contenta por su hallazgo.

— Quizás tenga algo escondido... — dijo Guido, acomodándose el pelo.

— Es uno de los edificios más antiguos del distrito — recordó Josefina. Lo había escuchado una vez, en una visita guiada que había realizado con la escuela.

— No creo que podamos hacer un pozo acá tampoco — reflexionó Mauro, mientras sacaba algunas fotografías —. Además, esto no queda al noreste.

— Es verdad. Anotemos esto y sigamos con la pista — dijo Milagros —. Vamos a Mármol, que ya se me ocurrió dónde buscar. Pero, de camino, pasemos por otro lugar.



14.

Bordearon la plaza, pasaron por delante de la iglesia y doblaron en Rosales.

— Esta esquina es rara — dijo Guido, mirando el cartel de las calles —. Rosales y La Rosa. Pero ninguna rosa a la vista.

Doblaron hacia la derecha y llegaron a la **Biblioteca Municipal**, cuyo edificio, antiguamente, había sido una casa de música.

— Busquemos información — indicó Milagros.

— Pero tenemos la compu, internet y... — dijo Mauro.

— No todo se encuentra en la red, Mau, no todo...

Entraron y pidieron todos los libros de historia del municipio y algunos sobre la vida del Almirante.

Mientras Mauro sacaba fotos y Milagros tomaba apuntes, Josefina y Guido se fueron a recorrer el edificio, cuyas paredes

estaban cubiertas con hermosos volúmenes antiguos y libros más modernos.

Salieron al patio y dieron una vuelta por un viejo aljibe, casi sin hablarse.





Guido se ponía muy nervioso ante la presencia de Josefina y eso le impedía decir alguna palabra, mientras ella disfrutaba el paseo en silencio.

Se sentaron en un sillón blanco, al costado del aljibe, de esos que suele haber en las plazas.

Al rato, los otros dos fueron a buscarlos.

— ¡Listo! — dijo Milagros — Ustedes sigan tomando sol que nosotros seguimos con la investigación...

— Dejalos — dijo Mauro, sonriendo —. Se los ve felices.

Guido le clavó una mirada fulminante, pero Josefina solo sonrió.

Salieron y caminaron por la vereda de la calle La Rosa, sumamente arbolada, y, al llegar a la Plaza Bynnon, doblaron camino a la estación de trenes de José Mármol.

Al llegar, un imponente y antiguo tanque de agua les llenó la vista.

— ¿Querían agua? Acá hay agua. O había... — señaló Mili.

— ¡Buena idea! — celebró Mauro — Yo lo

conocía, pero no se me ocurrió. Igual habría que ver si es contemporáneo al monumento, o a la creación del municipio... Es viejo, pero no sé si tanto...

Luego sacó la computadora y comenzó a prepararla para buscar información.

Cruzaron la calle y se acercaron al tanque. Lo rodearon, pero pocas cosas les llamaban la atención. Las paredes circulares de ladrillos uniformes hacían monótona la imagen.

— Habría que apurarnos, a ver si aparecen las naranjas — dijo Guido, más por miedo que por cautela.

— ¿Qué naranjas? — preguntó Josefina, para luego responderse sola — ¡Ah! Las gemelas...

Un perro se acercó a olfatearlos y luego se alejó, agitando su cola.

— Nunca podrían saber que estamos acá, salvo que nos hayan seguido, pero eso es muuuuuy de película — dijo Josefina, sonriendo y tratando de observar algo por la única ventana —. Imposible. Los

vidrios son opacos y no dejan ver hacia adentro.

— ¡Acá está la puerta! — gritó Milagros.

Los chicos rodearon el tanque y se encontraron con una puerta de chapa negra.

— No tiene picaporte — observó Mauro, que ya comenzaba a sacar fotos del lugar.

— Ni timbre — bromeó Guido —. Pero por las dudas...

Entonces golpeó dos o tres veces.

Nadie salió, y la bocina de un tren eléctrico anunció su arribo a la estación.



El Tanque de la Estación de Marmol
Ubicado en los terrenos lindantes a la Estación de Marmol (Bynnon y Melide), el tanque de agua mide más de diez metros de alto por casi siete de diámetro. Tiene una sola puerta con vista a la estación y presenta, en su parte inferior, ladrillo a la vista y, en la superior, ladrillo revocado.

15.

— ¿Y si miramos por ahí?

Arriba de la puerta, una rejilla de ventilación, de escaso tamaño, parecía ser la solución.

— Debe haber agua... — dijo Guido, ras-cándose la cabeza.

— ¿No te parece que si hubiera agua saldría justamente por la rejilla o por debajo de la puerta? — sugirió Milagros.

Josefina contuvo la risa y le pidió ayuda a Guido, que quería responder algo pero no sabía qué.

— Ayúdame. Haceme pie a ver si llego a ver.

Dicho esto, Josefina se sujetó de la pared y, con el soporte de su amigo, logró observar por la alta rejilla.

Algunos peatones, que recién habían bajado del tren, observaban la situación como si se tratara de un juego.

— ¿Y? ¿Ves algo? Dale que no aguanto

— dijo Guido, ya colorado por tanta fuerza que estaba haciendo.

— No se ve casi nada.

De repente, un señor vestido de estricto sobretodo azul, ceñido al cuerpo, y sombrero con alas a tono, les preguntó:

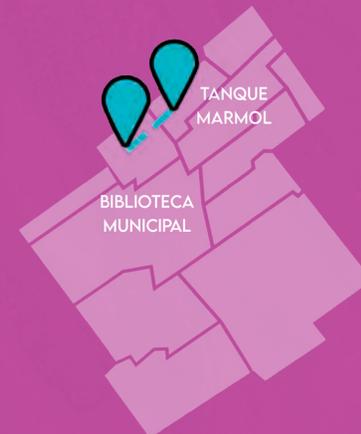
— ¿Quieren ver qué hay adentro?

Del susto, Josefina casi se cae de espaldas, pero logró saltar a tiempo.

— Por supuesto — respondió Guido —. ¿Usted tiene la llave?

— Yo vivo allí.

— ¿Y por qué no pone timbre? — dijo Guido, estirando los dedos de sus manos, cansados por el esfuerzo realizado.



16.

— Bueno, vivir, lo que se dice vivir, no. Pero lo limpio de vez en cuando y me quedo un rato. Es húmedo, pero la forma circular me apasiona. Es algo así como vivir en un iglú — bromeó el hombre, mientras giraba la llave.

— ¿Sabe si se construyó hace mucho? — preguntó Mili.

— Y sí... hace mucho.

— ¿Mucho como cuánto?

— Mucho. Antes, hace mucho tiempo, había un aljibe gigante, donde los antiguos pobladores de la zona se acercaban a buscar agua — con un ademán, el hombre agregó: — Pasen.

Las chicas entraron primero y luego pasó Mauro, secundado por Guido. Era una puerta estrecha.

El tanque tenía un diámetro aproximado de seis metros. En el centro, un tubo

largo y negro, que tenía una manivela circular para drenar el agua, llegaba hasta el techo. Salvo por una silla, un mate y un termo, no había nada más allí.

— El mate y el termo son míos — señaló el hombre del sobretodo azul.

— ¿No tiene calor con ese abrigo? — preguntó Mauro, que sospechaba algo de la imagen del cuidador.

— Si te quedas un ratito acá vas a ver que hace frío. De a poco se va sintiendo.

— ¿Y eso? — preguntó Milagros, señalando un ladrillo sobresaliente.

— A veces se salen, por el movimiento de los trenes.

Milagros se acercó al lugar.

— ¡Ah! — gritó, y dio dos pasos hacia atrás.

Los demás la miraron fijo.

Pálida y tartamudeando dijo:

— Una... una... cu... cuca... cucaracha...

El insecto salía tranquilamente del lugar, buscando otro hueco entre los ladrillos.

— Mejor nos vamos — ordenó Milagros, aun temblando y acercándose a la puerta —. Gracias por el recorrido.

— Vuelvan cuando quieran.

Los chicos se alejaron del lugar.

A casi dos cuadras de allí, Milagros recuperó el color rosado en su rostro.

— Perdón, pero les tengo pánico, pánico, pánico a las cucarachas.

— ¿Un simple bicho? Yo le tengo más miedo a un elefante, aunque en ese tanque no entraba — reflexionó Josefina.

Todos rieron.

— Cucaracha... — dijo Milagros — Ya sé adónde tenemos que ir mañana.

Los demás asintieron con la cabeza. Sabían de qué estaba hablando.

— No dejes para mañana lo que puedes hacer hoy.

— Vos y tus refranes, Guido querido — se quejó su amigo —. No, mejor mañana porque ahora me tengo que ir al Polideportivo a entrenar.

— ¿Un sábado a esta hora?

— Sí, siempre es lindo nadar. En cualquier día y a cualquier horario... — dijo Mauro, camino hacia la parada del colectivo.





ALBERTINA LAUDANI, 12 AÑOS. / ADROGUÉ

La Cucaracha;
En 1871, Esteban Adrogúe mandó a construir un edificio, donde hoy funciona el Instituto de Estudios Históricos y Patrimonio Cultural, sobre la Diagonal Brown y frente a la Plaza Esteban Adrogúe. Recibe su nombre por su techo chato, plano y de tejas negras. Antes de la creación del Palacio Municipal, funcionó como sede del Poder Ejecutivo y Juzgado de Paz. Hoy alberga piezas importantes de la historia del distrito.



EDIFICIO HISTÓRICO MUNICIPAL
LA CUCARACHA

SOPLANDO EN EL VIENTO

17.

Después de almorzar en familia y en plena hora de la siesta dominguera, los chicos se juntaron en la puerta del Colegio Nacional.

Allí, a metros nomás, se encontraba el viejo edificio conocido como por todos como **La Cucaracha**.

— “Chalet que hiciera construir Esteban Adrogué para sus hijas Sofía y Dolores y que, por su construcción ancha y amplio techo negro, recibiera semejante apodo. Allí funcionó el primer gobierno municipal y hoy en día lo hace el Instituto de Estudios Históricos” — leyó en voz alta Mauro, cuando todos sus amigos ya estaban en el lugar.

— Es un edificio hermoso — dijo Milagros —. ¡Qué ganas de llamarlo así! A mí las cucarachas me dan asco...

— Si no hacen nada — Guido intentó, en vano, una defensa del insecto —. Yo les tengo más miedo a las arañas o a un zombi, qué sé yo...

— ¿Para qué vinimos hoy? Si está todo cerrado... —dijo Mauro, mirando el candado que acompañaba a una gruesa cadena.

— Sacá fotos. Es un edificio viejo. Podemos hallar pistas como las del monumento. ¿No les parece? Y si hace falta, volvemos mañana — añadió Milagros, caminando en derredor de Josefina, mirando para todos lados.

— A vos te pasa algo — sugirió su amiga —. ¿En qué estás pensando?

— Vamos a tomar un helado, mejor.

— ¿Ahora? ¿No querés que saque las fotos mejor? — dijo Mauro, acomodándose de frente al portón.

— Después. Ahora quiero un helado.



Los tres la miraron sin comprender mucho, pero ya Milagros había avanzado varios metros camino a la heladería más cercana. Como hacía mucho calor, el resto pensó que no era mala idea y la siguió.

A los pocos segundos, dos chicos, que los cuatro habían visto en la plaza, se acercaron hasta la puerta del histórico edificio.



18.



— Alguien no quiere que encontremos las respuestas... — dijo Milagros, con los labios llenos de frutilla a la crema.

— ¿Las respuestas a qué? ¡Si ni siquiera tenemos las preguntas! — razonó Guido, chorreándose la mano con dulce de leche.

— Esos chicos no parecen peligrosos, pero siguen nuestros pasos. ¡Ni un domingo descansan! — se quejó Josefina, hundiendo la cuchara en el chocolate amargo.

— Parece que estamos cerca... — dijo Mauro, fanático de la frambuesa.

— ¿Cerca de qué? Tenemos que unir todas las piezas...

— Bueno, pero esto no es un rompecabezas, Mili. Yo solo quiero terminar este trabajo ya. Me vendría muy bien una buena nota en Historia — acotó Guido.

Milagros consultó su libreta y empezó a contar:



— Por ahora tenemos una frase escrita en un papel muy antiguo, que nos une con el monumento al Almirante. De ahí concluimos que nos señalaba la estación, pero está modernizada. Ya no quedan rastros de aquellas épocas... Pero el monumento también tenía símbolos que nos acercaban al agua. Así que fuimos hasta el tanque de Mármol, donde un ladrillo dejó escapar una cucaracha gigante. Una cosa nos llevó a la otra... Quizás, al final del recorrido, encontremos lo que buscamos — dijo Milagros, con la mirada perdida, como si meditara en voz alta, como si sus amigos no se hallaran frente a ella.

— Ayer leí que por esta zona también había un lugar famoso, “**El Hotel La Delicia**”, donde mucha gente venía de la capital a pasar un tiempo. Lo había mandado a construir Adrogué, pero pocas cosas quedan de aquello — comentó Mauro, acomodándose la visera de la gorra.

— ¡Qué pena! ¡Ahí tendríamos muchas pistas! — reflexionó Milagros.

— El problema es que no sabemos lo que estamos buscando — acotó Mauro, terminando de un mordisco el cucurucho.

— Esperemos que ellos tampoco... — dijo Josefina, señalando hacia los amplios ventanales de la heladería.

Por la vereda, los chicos del otro colegio caminaban con destino a la estación.

Hotel La Delicia:

Si bien el primer destino de esta propiedad era el de ser la casa veraniega de Esteban Adrogué y su familia, el emprendimiento derivó en un hotel, siendo inaugurado en 1872. Ubicado en la zona donde actualmente se encuentra el también histórico Colegio Nacional y sus alrededores.

Por sus habitaciones han pasado distintas personalidades de la cultura y la política, como ser Sarmiento, Pellegrini, Borges, Palacios, entre otros. Es demolido a fines de la década del cincuenta.



19.

El lunes arrancó movido. Apenas ingresaron al aula se encontraron con la noticia de que los esperaban, a los cuatro, en la Dirección. Un bullicio se escuchó en el salón. Ellos habían mantenido en secreto la investigación pero el llamado de la Directora, para el resto, nunca eran buenas noticias.

En caravana, cruzaron el patio y el extenso pasillo y fue Guido, con pequeños golpes, quien llamó a la puerta del despacho.

— ¡Pasen! — la voz de la Directora resonó en el corredor.

Como la vez anterior, los chicos rodearon el escritorio.

— ¿Novedades? — sin saludar y con la mirada gacha siguió acomodando unos papeles.

Milagros comenzó a contar lo vivido en aquellos días pero, al nombrar a las dos

mujeres vestidas con traje naranja, la Directora interrumpió:

— ¿Eran dos mujeres muy parecidas?

— Llevaban lentes oscuros, pero yo creería que sí — dijo Josefina, fisonomista por excelencia.

— Las gemelas Canale... — murmuró la Directora, largando los papeles que, otra vez, se volvieron a desacomodar a lo largo del escritorio.

— ¿Quiénes? — dijo Mauro, que no había escuchado bien.

— Son dos hermanas, profesoras de Historia de un colegio de capital, muy entrometidas...

— ¿Entrometidas en qué? — preguntó Milagros, acomodándose una trenza por delante del hombro derecho.

— En cosas que uno jamás debe contar...





20.

— Bueno. Van a tener que apurarse con la investigación, porque ellas nos pueden sacar ventaja. Necesitamos encontrar eso antes de que caiga en malas manos.

— ¿Eso? — preguntó Guido, con la intención de que la Directora contara un poco más acerca de lo que estaban buscando.

— El tesoro.

— ¿Son monedas de oro?— consultó Mauro, aunque suponía un “no” como respuesta.

— No, pero casi. Vale más que eso. Es una historia de piratas...

Los ojos de Milagros brillaron por demás. Le emocionaban los cuentos y películas de corsarios, de viajes en barco y travesías por el mar.

— No sabemos por dónde seguir... — dijo Josefina, recibiendo un pisotón por parte de Milagros, que prefería mantener los detalles de la investigación en secreto.

— No los puedo ayudar... Yo volvería al lugar donde dejaron ayer.

— ¿A La Cucaracha? — preguntó Mauro. Milagros sintió un escalofrío por la espalda con solo escuchar el nombre del insecto.

— Tal vez encuentren algo más... Bueno, vuelvan a clase. Y tengan cuidado con las Canale. Bajo ningún punto de vista compartan información y, si se sienten perseguidos, le avisan a Ramón.

Los chicos salieron del despacho y se sintieron aliviados, aunque se venía una prueba de Lengua y Literatura.

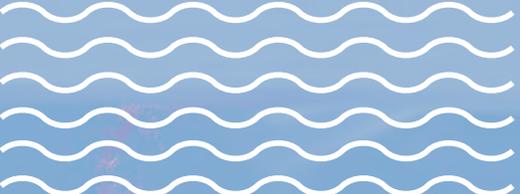
— ¿Estudiaron algo? — preguntó Guido.

— Yo sí.

— Yo sí.

— Yo sí.

— Perfecto. Yo no — dijo Guido, tomándose la cabeza —. No sé cómo no se les queman las pestañas de tanto leer...



Por la tarde se juntaron en la Plaza Esteban Adrogué, aunque la mayoría la llamaba Plaza Espora.

Un viento terrible, que presagiaba tormenta, atravesaba el lugar, volando las hojas de la plaza hacia la avenida.

— ¡A mal tiempo, buena cara! — gritó Guido.

— ¿Qué? — preguntó Josefina, que no alcanzaba a oírlo.

— Dejalo, Jose. Otra vez largó uno de sus refranes... — dijo Milagros, sujetándose el pelo con ambas manos.

— A mí me encantan — dijo Josefina, pero, por el fuerte viento, nadie la escuchó.

Las chicas estaban sentadas en un banco de madera frente al monumento al fundador del pueblo, mientras que los chicos estaban próximos a un árbol añejo. Todos juntos cruzaron hasta el edificio histórico.

Una ráfaga violenta casi le voló la gorra a Mauro, que logró sujetarla con esfuerzo.

Se encontraron con una hermosa edificación, con un amplio jardín al frente, un viejo aljibe y una gran galería.

Cuando se disponían a ingresar, Guido los detuvo estirando los brazos.

— ¿Vieron la veleta?

Todos alzaron la vista para observar en el techo una veleta de hierro que comenzó a girar como desenfrenada, hasta que se detuvo bruscamente.

— Sí. ¿Qué tiene? — dijo Milagros, frunciendo la nariz por culpa del viento.

— Está mal. ¿No era que el noreste quedaba para allá? — dijo Guido, señalando hacia la calle Bynnon.

— ¡Tenés razón! — gritó Milagros, emocionada por el hallazgo — ¡Está al revés!

— ¿Y la flecha hacia dónde apunta?

— Hacia el norte, pero en realidad es el sur.

— ¿Y qué hay bien al sur en el municipio?

— Glew. Ahí vive una tía — dijo Guido.

— ¿Cuántas tías tenés? — preguntó Josefina, recordando conversaciones pasadas.

— Muchas.

De repente, dos minibuses frenaron a un costado de La Cucaracha.

Bajaron un montón de jóvenes, todos con uniforme escolar, secundados por las dos mujeres que los chicos habían visto en la plaza días atrás.

— Dios los cría y el viento los amontona — dijo Guido, recordando un refrán que su tía Nancy le contaba cuando él era muy pequeño y se reunía con sus primos para tomar la merienda y jugar a las figuritas.

— Así parece... — dijo Milagros, poniéndose al frente del grupo.

Las dos hermanas, idénticas en rostro y vestimenta, se acercaron al grupo de amigos.

— Hablando de Roma, el burro se asoma... — murmuró Guido, pero Mauro encogió los hombros, sin comprender.

— ¡Qué tal! — dijo una.

— Somos las hermanas Canale, profesoras de Historia — explicó la otra.

— Queríamos saber qué están buscando — indagó la primera.

— Porque, al parecer, entorpecen nuestra investigación y nosotros tenemos autorización por parte de... — dijo la otra, que fue interrumpida por Mauro.

— Ya nos vamos. Pero... ¿qué buscan ustedes?

— Es confidencial — dijo la primera.

— Pero me parece que buscamos lo mismo — notó la segunda.

— Ahora nosotros nos vamos para... para... — dijo Guido.

— Para la quinta Rocca — ayudó Mauro. Sus tres amigos lo miraron.

Las mujeres se dijeron algo al oído, mientras sus alumnos entraban al edificio histórico.

— Nos vemos — saludó una.

— Seguro — acotó la otra, con tono amenazante.



Cuando los chicos se alejaron hacia el Nacional, Guido preguntó:

— ¿Ahora nos vamos a meter en una quinta?

— No — dijo Josefina —. Creo que Mauro mintió para engañarlas.

Su amigo se acomodó la gorra y asintió con la cabeza.

— ¿Vamos a Glew? — preguntó Milagros.

— Vamos, que ahí viene el colectivo. Acelera Mauro, acelera — dijo Guido.

Cuando el 506 frenó bien pegado al cordón, todos lograron subir. Atrás quedaba el colegio Nacional con sus clases, la plaza con sus palomas, y la esquina del banco que daba comienzo al centro comercial.



22.

En el colectivo, Mauro encendió la computadora y todos lo rodearon.

— Busquemos cosas antiguas de Glew — dijo, mientras tipeaba en el teclado.

— Yo creo que este sería un buen inicio — propuso Mili, señalando la foto de un templo.

— **La Capilla Santa Ana** — comentó Guido.

— ¿La conocés? — preguntó Josefina, haciendo equilibrio ante una maniobra del chofer.

— No, pero debajo de la foto dice eso...

Rieron y leyeron un poco más acerca de la historia de la capilla.

— Dicen que la construcción data de 1904 y que está pintada por el Maestro Raúl Soldi... ¿Vamos a verla? Quizás encontremos más pistas ahí...

Bajaron frente a la estación de Glew.

El viento había amainado y solo agitaba



las ramas de los árboles. Algunos pájaros emprendían vuelo por encima del cableado urbano.

Anduvieron algunas cuadras en busca de la iglesia. Milagros aprovechó para acomodar sus cosas en la mochila y charlar con Mauro, mientras Josefina y Guido caminaban atrás, sin decirse palabra. Él no sabía qué preguntar y ella no sabía las respuestas. Y viceversa.

Las puertas de las rejas exteriores estaban abiertas. La imponente edificación, con ladrillo a la vista, era sencillamente sorprendente. Antes de entrar, el grupo dio unas vueltas por el jardín. Una gran campana se hallaba a un costado del templo. Un aljibe se encontraba capturado por una enredadera y hermosas flores multicolores adornaban los canteros. A la izquierda de la iglesia, una añeja palmera custodiaba el lateral.

Mauro aprovechó para sacar fotos de todo el exterior.

Ingresaron a la capilla.

Dos señoras oraban frente al altar y un hombre, con sombrero marrón, observaba el techo. Estaba sentado en uno de los largos bancos de madera.

Los chicos quedaron maravillados ante las pinturas.

Los frescos cubrían todas las paredes de la capilla e, incluso, la parte superior correspondiente al coro. Retrataban la vida de Santa Ana, pero ambientada con imágenes del barrio y de su gente. Estaban muy bien cuidados y repletos de vivos colores.

Avanzaron lentamente y Milagros sacó su anotador, para tratar de registrar cada detalle de las pinturas.

— La Capilla es antigua, más o menos de la época que estamos buscando, pero las pinturas son más modernas — murmuró Mauro —. No sé si nos van a dar algún indicio...

Las mujeres miraron de reojo y, con un gesto, pidieron silencio.

— Eso es cierto, pero si observan, tal vez



los dibujos muestran aquella época... los caballos, las vestimentas de los vecinos... — dijo con voz casi inaudible Josefina.

— Tal vez el Maestro sabía todo y lo dejó guardado para siempre en estos dibujos... — acotó Milagros, fascinada con las pinturas.

— ¡Acá!— gritó Mauro, que se había alejado un poco del grupo.

— ¡Shhhh! — Las señoras, enojadas, menearon la cabeza.



23.

— ¿Qué es eso?

Mauro acercó su silla a uno de los frescos laterales y apuntó con el dedo a la pintura. Allí se veía a un joven sentado en el piso, con un pie descalzo, sosteniendo algo negro que no alcanzaban a distinguir.

— No sé — dijo Milagros —. Tampoco entiendo cómo lo sostiene.

— Y su mirada se dirige a la vasija — comentó Josefina, señalando hacia otro lado del dibujo, donde una joven sostenía una bandeja con un antiguo botellón. Detrás y delante de ella, otros jóvenes ofrecían distintos alimentos.

— Es raro... — dijo Guido, sentándose en el piso, para imitar la pose del muchacho representado. Luego acomodó sus manos en el aire.

Milagros se acercó para observar mejor.

— Es muy raro — Guido prosiguió con su explicación —. ¿Cómo hace para sostener

eso? Tiene las manos por arriba y está separado de las piernas. ¿Y eso qué es?

— Parece una ofrenda — dijo Milagros —. ¿Pero qué es lo que ofrece? Parece una carpeta negra, pero no sé si da con la época. Hay gente tocando instrumentos musicales, gente con comida, gente con bebidas.

— Él mira hacia allá... — reiteró Josefina, acercándose hasta el fresco.

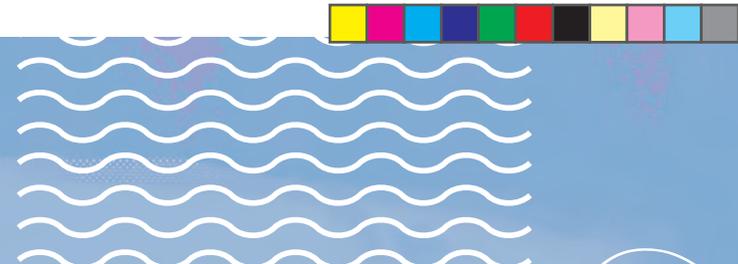
— A la vasija... — Milagros quedó pensativa, buscando ideas en su cabeza.

— Pues busquemos un lugar viejo que venda bebidas — dijo Mauro —. Esa es nuestra siguiente pista.

— ¿Un lugar viejo? — preguntó Guido —. Tengo una idea. Mi tía iba a tomar grapa hace muchos años a un lugar así. Y nos queda de pasada.

— ¿Otra tía? — preguntaron al unísono los tres restantes, elevando la voz.

— ¡Shhhh! — hicieron callar las señoras, muy molestas.



Capilla Santa Ana de Glew;
Su construcción comenzó en 1904. El pintor Raúl Soldi pintó las paredes del templo con representaciones de la vida de Santa Ana, San Joaquín y su hija María, ubicando los hechos en la localidad de Glew, donde podemos observar sus paisajes y la misma capilla. Tardó 23 años en concluir los once frescos y dos óleos con aquellas escenas religiosas



Maestro Raúl Soldi;
Nació en 1905 en Buenos Aires. Estudió en la Academia Nacional de Bellas Artes y en distintas academias europeas. Luego de pintar la Capilla Santa Ana, realizó la decoración de la cúpula del Teatro Colón. Además de la Capilla, podemos encontrar sus obras en Nueva York, Florencia, Milán y en el Vaticano. Falleció en 1994.



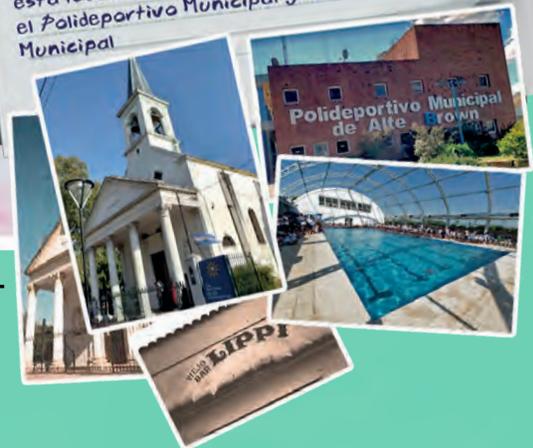
Raúl Soldi



MELANI POZZO - MILAGROS RODRÍGUEZ - YAEL LALLANA 14 AÑOS. / MÁRMOL MATEO PESSE - LUNA SILVA ROMERO - 11 AÑOS / GLEW

Bar de Lippi:
Ubicado en la entrada de Ministro Rivadavia (Espora y 25 de mayo), este bar funcionó previamente como posta de descanso de las primeras pobladores y paseantes, que llegaban en carretas y diligencias por el Camino Real con destino a Chascomús. Además de funcionar como bar y despensa, se jugaba a las bochas, a la taba y se realizaban carreras de sortija.

Ministro Rivadavia:
Se estima que los primeros pobladores llegaron a esta zona hacia 1830, cuando aún se llamaba Monte de los Chingolos, aunque se tiene registro de que a mediados del siglo XVIII ya se utilizaba como parada de descanso, deteniéndose los visitantes en la ermita "Nuestra Señora del Tránsito". En esta localidad hoy se encuentra emplazado el Polideportivo Municipal y la Granja Municipal.





MENSAJE EN UNA BOTELLA

24.

Quando el colectivo los dejó sobre la avenida Espora, el paisaje pareció cambiar. Se acercaba la noche y las luces de la calle iluminaban el paraje.

El Bar de Lippi, en la esquina de la ancha calle que abría las puertas de **Ministro Rivadavia**, parecía ser una parada obligatoria para los viajeros.

Algunos caballos apostados al costado del camino captaron la atención de los chicos, quienes cruzaron la avenida sin vehículos a la vista.

Un paisano se sacaba el barro de las botas antes de entrar.

Mauro se encogió de hombros:

— Tal vez se trate de una peña o algo así...

— O una fiesta temática — acotó Josefina —. A mí me encantan.

Los chicos empujaron la doble puerta vaivén y entraron al lugar.

El bullicio dio paso a un silencio cortante.

Dos paisanas que servían bebidas quedaron inmóviles ante la presencia de los muchachos, mientras que en una mesa cuatro hombres con naipes en la mano enmudecieron al instante.

Un gato negro, de ojos brillantes, se les cruzó en el camino. Mauro frenó para no pisarlo y Guido dijo sonriente:

— Acá hay gato encerrado, seguro.

Incómodos, atravesaron el lugar y se acercaron a la barra, cuando el retorno de las voces pareció volver todo a la normalidad.

Algunos escaparates, contra la rústica pared, presentaban botellas de bebidas antiguas. La mayoría llenas, algunas por la mitad y otras, vacías, cultivaban tierra.

Las luces del lugar, con grandes cande-



labros y velas, llamaron la atención de Guido.

— Se debe haber cortado la luz... — murmuró, mientras Josefina le pedía silencio con un leve codazo en las costillas.

— ¡Hola! — saludó Milagros al cantinero que se hallaba detrás de la barra. El hombre, fornido y con una camiseta blanca con varios agujeros, se encontraba secando un vaso con un repasador de limpieza dudosa. Con gesto adusto preguntó:

— ¿Se perdieron? ¿Qué desean?

Los chicos volvieron a mirar el lugar. Eran todos adultos, la mayoría bebiendo y jugando y ellos parecían...

— Sapos de otro pozo — dijo Guido.

25.

— ¡Ernesto! Dos cañas para la mesa de Don Braulio... — gritó una moza que se acercó al grupo.

— Ya salen — dijo el hombre, sin apartar la vista de los chicos.

Milagros tomó coraje y dijo:

— Estamos buscando un tesoro.

— ¿Un tesoro? ¿Acá?

El cantinero largó una risotada de boca bien abierta.

— Todos buscan lo mismo, jovencita, pero a mal puerto han arribado...

Un golpe fuerte en una mesa no dejó terminar la frase.

— ¡Quiero retruco! — gritó un paisano.

El cantinero acotó:

— En fin, déjelo librado a la suerte...

— ¿Cómo? — preguntó Josefina.

— Diga un número del uno al cincuenta. Si le toca la botella correcta — dijo, señalando las estanterías repletas de bote-



llas—, quizás encuentre un tesoro dentro de ella.

Y volvió a reír desafortadamente, esta vez meneando la cabeza de arriba hacia abajo.

Los cuatro se miraron perplejos.

Había que elegir una cifra, pero no tenían idea de cuál podría ser la correcta.

Se alejaron un poco de la barra para debatirlo. Era un momento de suma tensión. Tenían una gran pista a mano y no querían dejar pasar la oportunidad de acercarse, tal vez por primera vez, al ansiado tesoro. Ninguno quería apostar por un número, equivocarse, y perder.

El primero en levantar la mano fue Guido.

— ¿Puedo ir al baño?

El cantinero señaló una puerta que daba a un lateral del recinto y se dio vuelta para servir las cañas encargadas.

— Ya vengo — avisó Guido, saliendo por la puerta.

Se encontró con un jardín con ladrillos viejos y resecos tirados en el piso, una

abandonada cancha de bochas, plantas desbordadas, un antiguo aljibe y un cuartito que, supuso, sería el lugar que ansiaba encontrar con sumo apuro. Se sacó la campera y la dejó colgada de uno de los horcones del aljibe.

Ingresó a oscuras. El baño no tenía techo. Con la luna como testigo terminó sus quehaceres y salió rápidamente, mientras un paisano alto y con sombrero esperaba en la puerta.

Guido tuvo que esquivarlo, pero al pasar el hombre le dijo:

— El loco sabe...



Cuando volvió, los chicos ya se encontraban en pleno debate.

Todos lanzaban números al aire, con locas teorías sin fundamento.

— A mí me parece que tendríamos que elegir el 4, porque esa es la cantidad que somos — expuso Josefina.

— Para mí, el 35. No sé, porque me gusta y una vez gané una torta en una rifa de la panadería de la esquina de mi casa — dijo Mauro, en un intento por repetir su suerte.

— El 9. Vamos por el nueve — dijo Milagros, sin argumentar razones.

— ¡El 22! — gritó Guido, recordando al extraño paisano y el significado de los sueños, que una tía medio bruja le había enseñado. Sabía ese, el quince, que era la niña bonita y el trece, la mala suerte.

— ¿Por qué? Puede ser cualquiera — aclaró Milagros.

— Me lo dijo un... — Guido no terminó su

frase. No quería arriesgar y que no fuera ese número.

— No sé, no hay nada claro... — dijo Josefina.

— El 22 está bien — dijo Mauro, con una sonrisa picarona.

— Pero... — Milagros, que se iba a quejar otra vez, dejó que Mauro explicara.

— Si sumamos las cifras del monumento, el 17 de mayo de 1814, solo los números, también nos da el 22... — expuso rápidamente Mauro, recordando que había pasado toda una noche jugando con esos números a ver si le daban alguna pista.

Sin esperar, se dirigió hasta la barra y pidió:

— La botella veintidós, por favor.

El hombre lo miró fijo y asintió con la cabeza. Empezó a contar. La primera botella de la fila tenía ginebra; la segunda, un vino patero; la tercera tenía caña y así hasta llegar a la vigésimo segunda que, en lugar de bebida, tenía un papel en su interior.



— ¡Vamos! — festejó Milagros, llamando la atención de las mesas vecinas.

El cantinero acercó la botella, lo suficiente para que Milagros pudiera observar que el papel, enrollado, era tan antiguo como el que Ramón les había mostrado en la plaza.

— Si quieren la botella hay que pagarla — dijo el hombre, alejándola de la vista.

— ¿Cuánto es? — preguntó Josefina, que tenía algo de cambio en el bolsillo.

— Doscientos patacones.

27.

— ¿Doscientos qué? — Mauro se acomodó la gorra, sin entender.

— Si no tienen, la botella vuelve a su lugar.

— Pero no queremos tomar nada. Queremos ver lo que tiene adentro — rogó Milagros.

— Vale lo mismo por tomar que por mirar.

— Tengo cien pesos — dijo Josefina, sacando su billete.

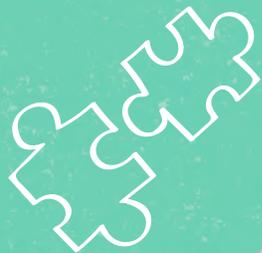
— No sé de qué país vienen, muchachos, pero acá solo se aceptan patacones.

Y tomando nuevamente la botella, se dio vuelta para seguir limpiando.

Los chicos salieron del bar apesadumbrados.

Por suerte, un colectivo pareció estar esperándolos casi en la puerta, para dejar a cada uno muy cerca del umbral de su casa.

A la mañana siguiente se encontraron en la escuela, cansados y agobiados por la



tensa noche vivida en el antiguo bar.

La Directora los sorprendió en el segundo recreo:

— ¡Qué caras! Me parece que no es una buena señal...

— Todo mal... — dijo Milagros, con la voz aflautada. Había tomado mucho frío y se avecinaba un resfriado.

— Fuimos al Bar de Lippi y no teníamos patacones o algo así...

— ¿Patacones...? — preguntó la Directora sin comprender mucho de qué estaban hablando.

— Encima me olvidé la campera... — dijo Guido.

— ¿Dónde? — frunció el ceño la docente.

— Ahí, afuera

— ¿Pudieron entrar?

Ahora, los que parecían no entender, eran los alumnos.

— Sí, y necesito recuperarla porque me la regaló una tía que vive en San Pedro.

— Otra tía más... — murmuró Mauro.

— No entiendo, no entiendo. No sé si es-

tán bromeando o qué — dijo la Directora, meneando la cabeza. Y luego se alejó, para hacer una llamada.

Al rato volvió y ordenó:

— Al salir de la escuela pasa Ramón a buscarlos y los lleva al bar para recuperar la campera.

Los chicos agradecieron y volvieron al aula, donde los aguardaba un intrincado problema de matemáticas.



28.

Ramón los esperaba en la entrada de la escuela, puntual, apoyado en la camioneta. Abrió la puerta lateral y los chicos ayudaron a Mauro a subir. Luego se acomodaron en sus asientos.

Como era ya su costumbre, el chofer no dijo ni una palabra.

Por las dudas, Josefina aclaró:

— Vamos hasta el Bar de Lippi y volvemos para acá. Vamos en rescate de la campera de Guido.

Ramón continuó sin abrir la boca.

Había mucho tránsito en la avenida y eso hizo largo el viaje.

— ¿Qué es eso? — preguntó Guido, mirando por la ventana tras pasar la rotonda.

— ¿Eso? El campus de la universidad — dijo Josefina.

— Se dice campo, ja ja — rio Guido.

— Campus está bien, si se refiere a la

universidad — aclaró Milagros —. Era una vieja casa quinta.

— **La Quinta Rocca** — dijo Mauro.

Al llegar a la esquina del bar, la camioneta ingresó en una estación de servicio.

Los chicos bajaron rápidamente.

— No recuerdo esta estación — comentó Mauro, encogiéndose de hombros.

Pero lo más sorprendente pasó después.

Así, los cuatro en hilera, uno pegado al otro con la camioneta detrás, no podían creer lo que estaban viendo.

Guido se sacudió varias veces el flequillo, cambiando de mano.

Mauro se acomodó la gorra hacia atrás. Y luego otra vez hacia adelante.

Josefina se mordió una trenza. La apretó tan fuerte que se empezó a deshacer.

Y Milagros quedó varios segundos con la boca abierta.

El Bar de Lippi se encontraba cerrado, abandonado, con un enorme cartel que decía “Se alquila”.

Las paredes se hallaban decoradas con

varios murales que recordaban los tiempos de antaño. Se veían dibujos de gauchos, guitarras y bebidas. Y la puerta vaivén de madera se hallaba cerrada y con cadenas.

— Pero... — alcanzó a decir Milagros, cuando logró cerrar la boca.

Casi mecánicamente cruzaron la calle 25 de mayo y se dirigieron al lugar.

— ¿Ramón nos trajo a otro lado? — preguntó Josefina, tratando de hallar una explicación a lo que estaban viendo.

— No creo — respondió Milagros, tratando de buscar alguna abertura para observar hacia adentro del bar.

— Yo estoy seguro de que no... — dijo Guido, señalando hacia el interior del parque.

Detrás de un alambrado y de varias plantas, se podía observar la parte trasera del bar.

Apoyada contra las ruinas de una vieja construcción se encontraba la campera roja y azul.



*La Quinta Rocca:
Ubicada en Avenida Espora al 4300, el predio de la quinta, formado por la casona estilo Tudor y una frondosa arboleda, ronda las 13 hectáreas. Tenía piscina, molino, laguna artificial y un campanario. Hoy la casona fue recuperada de su deterioro y allí funcionará la Universidad Nacional Guillermo Brown.*



CEMENTERIO CLUB

29.

Habían pasado dos días sin novedades y los plazos se acortaban.

— Acá dice que algunas de las primeras construcciones del pueblo, además del Hotel y la Cucaracha, fueron la iglesia y la escuela — leyó en voz alta Mauro.

Los chicos se hallaban de paseo en la **Granja Municipal**, en una salida escolar con algo de frío matutino pero con el sol tratando de torcer la historia.

Había muchas escuelas allí. Incluso estaban sus adversarios en la búsqueda del tesoro, portando uniformes deportivos naranja con dos tiras negras a los costados.

Josefina había extendido una lona a cuadros rojos sobre el piso y ya sacaba su

equipo para cebar unos mates. Algunos compañeros recorrían el lugar y otros improvisaban un partido de fútbol contra los vestidos de naranja.

— Dulce, para mí — dijo Milagros ante la mirada enojada de Guido, que solía tomarlos bien amargos.

— Pero de la vieja iglesia no queda nada — aclaró Mauro —. La vemos siempre. Tiene un diseño moderno. Se nota que fue remodelada en algún momento de la historia.

— Es cierto, pero tal vez algo de lo antiguo tuvo que haber quedado en algún lado...— razonó Josefina, colocando la yerba en el mate.

Allá a lo lejos, unos hermosos caballos relinchaban, mientras unas gallinas picoteaban en derredor.

— Tenemos que empezar a unir piezas, porque la fecha de cierre de la investigación está muy cerquita... — recordó Guido, preocupado por sumar una buena nota en Historia.

— Algo no estamos viendo — dijo Milagros, acomodándose en la ronda para ser la primera en recibir un mate.

— Y eso que anduvimos por todos lados...

— Por todos no — dijo Mauro —. Tenemos que encontrar el que nos falta y con él, el tesoro.

— Shupp...shuopp — Milagros había terminado su primer mate.



La Granja Educativa Municipal
Este predio, ubicada en Av. Juan B. Justo
1000, Ministro Rivadavia, cuenta con
5.500 metros cuadrados donde podemos
encontrar sembradíos, huertas, caballerizas
y corrales. Además posee una gran laguna
central con una interesante variedad de
flora y fauna. El acceso es libre y gratuito.
Para contactarse,
granjaeducativamunicipal@brown.gob.ar.

30.

— ¿Y si Adrogué se guardó el tesoro? — dijo Guido, comiendo unos bizcochos, a la espera de un mate salvador que le evitase atragantarse.

— ¿Cómo? ¿Que se lo quedó? No creo que haya hecho tanto esfuerzo para guardárselo... — contradijo Josefina, colocando un poco de azúcar en el mate.

— No, no. Me refiero a que quizás podamos buscar donde él se encuentra ahora...

— ¿Está vivo? — preguntó Mauro, desatento ante el paso rasante de un benteveo. Los demás rieron.

— ¡Ah! Ya entendí...

— Tenemos que ir al **cementerio**... — dijo Milagros.

— Mejor no. Olviden lo que dije — dijo Guido, incorporándose.

— Sí, sí. Mañana vamos al de Calzada... — insistió Milagros —. No creo que encon-

tremos el tesoro, pero podemos obtener alguna buena pista.

— Justo mañana tengo que... tengo que... — dijo Guido, pasando dos veces la mano izquierda por el flequillo.

— ¡No pongas excusas y no seas miedoso! — recriminó Josefina.

— No soy miedoso. Soy precavido.

— Nada más lindo que visitar un cementerio — dijo Milagros, entusiasmada —. Tiene muchas historias por contar.

— Si te gustan las historias te regalo un libro, pero eso de visitar un cementerio es raro... — murmuró Guido.

Y luego, aflojando un poco el cuerpo y volviendo a sentarse, bromeó:

— Tan raro como que te gusten los mates dulces...



31.

Era muy temprano para visitar aquel lúgubre lugar. Una niebla espesa asolaba la zona e invadía el cementerio.

Guido fue el primero en comentar lo obvio:

— Esto da miedo.

Entraron por la puerta más cercana a la estación, que parecía ser la más antigua.

Josefina se estremeció y se frotó los brazos con ambas manos, mientras Milagros avanzaba con firmeza por el corredor central, seguida por Mauro, quien se hallaba en su silla de ruedas sin equipo adicional.

— Vinimos a esta hora para poder llegar temprano a la escuela... — dijo Milagros, adentrándose en la niebla.

— ¿Cómo encontramos esa tumba? Preguntémosle a alguien, porque, si no, vamos a estar horas recorriendo los pasillos — propuso Josefina, temblando un poco

por el frío matinal. Acto seguido, se aferró al brazo de Guido, que se puso colorado.

— Más que preguntar, mejor sería pedir que alguien nos acompañe — sugirió su amigo, temblando, pero de miedo.

Avanzaron un poco y se toparon con un joven vestido con overol gris, que llevaba una pala sobre sus hombros.

Milagros le preguntó si la podía guiar hasta la tumba de Adrogué.

— Yo no, pero seguro Memo les puede dar una mano — y, señalando con el dedo, marcó una figura, que se vislumbraba apenas entre la neblina, cerca de una bóveda gigante.

Luego dijo:

— Eso sí, tengan cuidado con Gardelito.

Los chicos encararon el camino lentamente. Los pasillos se estrechaban por momentos y eso dificultaba el andar. La niebla impedía ver en derredor y solo asomaban figuras de ángeles y cruces.

Las chicas avanzaron, pero una saliente de una tumba hizo demorar el camino de

Mauro. Guido lo ayudó, moviendo la silla lateralmente.

Al levantar la mirada, habían perdido de vista a Milagros y Josefina.

Solo veían niebla.

Niebla y tumbas por doquier.



Josefina miró hacia atrás y, sujetándola del hombro, frenó el paso de su amiga.

— Esperá Mili, me parece que perdimos a los chicos.

El lugar no incitaba a quedarse: un corredor estrecho, nichos abiertos o con las puertas derruidas, enredaderas que parecían estirar sus ramas como brazos amenazantes y un olor a flores mustias que penetraba por las narices de las chicas.

— Esperemos acá, ya van a venir.

— Mirá allá. Tal vez nos pueda ayudar.

Doblaron a la derecha, pasaron por un pasillo rodeado de bóvedas altas y llegaron al lugar.

Desmalezando, un trabajador se encontraba frente a una bóveda.

— Mirá Mili, es la bóveda de Rafael Calzada... Quizás esté cerquita la de Adrogué...

Un joven alto, con lentes, las miró con cara extraña. Seguramente no era habitual

una visita al cementerio tan temprano.

— Perdón... ¿Nos puede decir dónde está la tumba de Adrogué?

— Yo soy nuevo, pero seguramente Memo sabe. Debe estar por allá... — y, señalando con la mirada, marcó un corredor lleno de niebla.

Cuando las chicas avanzaron por allí, se escuchó otra vez la voz del joven:

— Tengan cuidado con Gardelito. Suele aparecer temprano, temprano...

Mientras tanto, los chicos se debatían entre dos caminos.

— Vamos a la izquierda, donde está esa enorme construcción — sugirió Guido, observando el Panteón de la Sociedad Italiana.

— Mejor a la derecha — dijo Mauro —. Me pareció escuchar algunas voces.

— Si escuchaste voces, mejor vamos para el otro lado. Esto no me gusta nada.



33.

Y, así, muy nervioso, empezó a gritar:

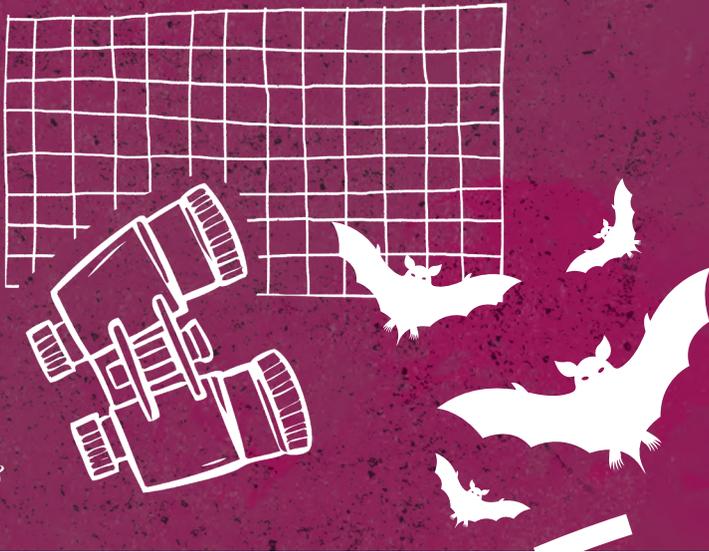
— ¡Josefina! ¡Mili!

— Shhh. Eso es un lugar sagrado. Mantén el silencio y busquemos a ese Memo, que seguramente las chicas ya lo encontraron.

— ¿Y si se aparece Gardelito?

— Le pedimos que nos cante algo — bromeó Mauro, tratando de calmar a su amigo, sin lograrlo.

Mientras tanto, y a sus espaldas, una figura tanguera se escabullía entre la niebla.



Los chicos doblaron a la derecha en un corredor muy angosto. La niebla no les dejaba ver el piso de baldosas pero avanzaron a tientas. Pasaron por un sector de tumbas muy antiguas, separadas por unas pequeñas rejas oxidadas y una puerta que no tenía cerrojo.

— Esperá — dijo Mauro —. Entremos acá. Abrí la puerta y fijate si alguna es la tumba que buscamos...

— ¿Te parece?

— No seas cobarde.

Guido abrió la pequeña puerta de rejas, que chirrió al moverse. Avanzó unos metros y se acercó a la primera lápida.

— Veo el año. Falleció en 1876. Es viejí-sima.

— Sí, pero no es la que buscamos.

De repente, Guido se tropezó. La punta de una vieja cruz de cemento casi lo hace ir de cara contra el piso.



Mauro no pudo contener la risa.

— Dale, mejor sigamos.

Se alejaron unos metros más.

Guido iba adelante.

Mauro, un poco más atrás, se distraía con las construcciones majestuosas de algunas bóvedas.

Apenas doblaron en otro corredor, Guido chocó contra alguien.

Desesperado, gritó.

— ¡Ahhhh!



34.

— Pará — dijo Milagros —. Soy yo. Casi me rompés la nariz.

Guido, aliviado, se sacudió el flequillo un par de veces.

— ¿Encontraron a Memo? — preguntó Mauro.

— No, no. Vamos en camino.

— ¿Y al tal Gardelito?

— No, no. Pero otro cuidador nos habló de él.

Caminaron hacia el sur, por un sendero de bóvedas antiguas, algunas ya invadidas por las plantas y el paso del tiempo.

Llegaron a un sector de tumbas bajas.

— Con cuidado ahora — dijo Josefina —. Tal vez haya alguna tumba abierta.

— ¿En serio? — preguntó Guido.

— Está bromeando, Guido. Solo está bromeando — lo calmó Mauro, guiñándole un ojo a Josefina.

Cuando la niebla se había puesto mucho

más espesa, Guido gritó otra vez:

— ¡Ahhh! Algo me agarró la pierna...

Corriendo, pasó por delante de Josefina, se chocó con Mauro y se puso detrás de Milagros.

— Debe haber sido alguna rama silvestre — dijo una voz ronca —. Algunas ramas parecen moverse...

Una persona de ojos grandes, bigote y barba entrecanos, mediana estatura, muy flaco y ligeramente encorvado se mezclaba con la bruma del lugar.

— ¿Usted es Memo? — preguntó Milagros, tratando de alejarse de Guido, que no quería soltarle el brazo.

— Así me llaman. Pero mi verdadero nombre es Aníbal Moruet.

— ¡Menos mal! — dijo Guido, largando el aire —. Pensamos que podía ser Gardelito.

— ¿Gardelito? — dijo el hombre, sonriendo —. Esas son historias de fantasmas que inventan los cuidadores para ahuyentar a las visitas miedosas. Es solo un mito. Dicen que un espectro parecido

a la figura de Gardel se aparece de vez en cuando. Algunos hasta dicen que lo escucharon cantar “Mi noche triste”... No vayan a creer semejante cosa...

— ¿Un fantasma? — murmuró Guido, al oído de Mauro —. ¿Por qué mejor no nos vamos?

Lejos de amedrentarse, Milagros preguntó:

— Tal vez nos pueda ayudar. Estamos buscando la tumba de Don Esteban Adrogué...

— Se equivocaron de lugar, me parece.

— ¿Está seguro? Cuando Adrogué falleció, el único cementerio era este... — retrucó.

— Más que seguro. Conozco de memoria cada rincón de este lugar... Décadas trabajando en este cementerio. Si quieren conocer a la gente de aquellos años, los llevo a recorrer las tumbas de Hunt, Calzada, Tarditti, e incluso la hija del Doctor José León Suárez, pero aquí no está lo que buscan...

— Tal vez sí. No puede saber todos los nombres de las tumbas de memoria— murmuró Mauro.

— Todas no, pero las anteriores a 1930, toditas. Pregunte si quiere — desafió el hombre, que entre la niebla pareció rasarse la barba.

— ¿Esta? — preguntó Mauro, aceptando el convite y señalando una tumba con el dedo índice.

— ¿Esa? ¿La de la cruz gruesa? La de Lorange, seguramente.

Josefina acercó su cara a la lápida, para leer la inscripción, que se hallaba borrosa por el paso de los años. Asintió con la cabeza.

— Esa era fácil. Estaba cerca. ¿La primera del segundo pasillo de la derecha?

— Félix San Marino y, la de al lado, Bernardino Sánchez — dijo con seguridad el empleado del camposanto.

Mauro pensó que, a la salida, debía revisar esa información.

— ¿Vas a seguir mucho tiempo más con

el juego? — preguntó Guido, muy alterado. No le gustaba el lugar y cualquier sonido, ya sea de un pájaro o un auto lejano, le crispaba los nervios.

La niebla comenzaba a disiparse. Los chicos escucharon un chirrido aterrador detrás de ellos. Una lápida, repentinamente, pareció moverse.

Al girar otra vez la vista, el funebrero había desaparecido.

Los chicos permanecieron estáticos en el lugar, como si el miedo los hubiera convertido en estatuas.

Guido fue el primero en reaccionar:

— ¿Y si nos vamos ya de acá?

— Estoy de acuerdo — dijo Mauro, moviéndose por el pasillo.

Al pasar cerca de la lápida movедiza pudieron leer en grandes letras:

ANIBAL JOSÉ MORUET 1892—1946.





CHARO DÍAZ 14 AÑOS. / LONGCHAMPS



ME VERÁS VOLVER

35.

La mañana estaba fresquita. Habían pasado un día agitado y los cuatro habían tenido pesadillas más que tenebrosas.

En la plaza, algunos madrugadores hacían ejercicio y otros marchaban aceleradamente a las escuelas o a tomar el tren para ir al trabajo.

Los cuatro tenían unas ojeras que casi les cubrían el rostro entero. Mauro estiró sus fornidos brazos hacia arriba y lanzó un gran bostezo, contagiando a Josefina, que se lo pasó a Milagros y, esta, a Guido, que intentó contenerlo pero fracasó.

— Estamos otra vez en el inicio de todo

— reflexionó Milagros —. Acá, parados frente al monumento, con nada resuelto y casi sin tiempo.

— Algo hicimos mal — dijo Josefina.

— No sé — dudó Mauro —. Seguimos las pistas en busca del tesoro y recorrimos un montón de lugares, pero no hallamos ni un cofre, ni monedas de oro ni nada por el estilo.

— ¡¿Podés darnos otra pista?! — gritó Guido, mirando hacia arriba. Dormir mal lo ponía de pésimo humor.

Mauro lo miró como si estuviera realmente loco.

— ¡Pará! ¿A quién le gritás?

— Al Almirante... Está muy alto...

Mauro, incrédulo, meneó la cabeza, mientras Josefina intentaba calmar a Guido apoyando firmemente su mano contra un hombro.

— Pará, Guido, que vas a terminar ahuyentando a todas las palomas.

Pero Milagros siguió observando el monumento.

De repente, como una estatua, se paró como la figura tallada del héroe de la patria.

Todos la miraron.

— ¿Qué hacés, Mili? — preguntó Josefina, con ganas de largarse a reír.

Una y otra vez Milagros movió la cabeza afirmando.

Allí todos supieron que su amiga tenía una nueva idea.



36.

Aflojó su cuerpo y, con una sonrisa, se acercó nuevamente a sus compañeros.

— “Por donde indica el Almirante”. Siempre esa fue la clave...

— Sí, y la seguimos tal cual — interrumpió Guido —. La mano derecha señala a la estación. Ya fuimos para allá, Mili.

— Claro, pero nosotros siempre tuvimos la idea de un tesoro enterrado, un cofre con monedas como si se tratara de cosas de piratas... Pero, ¿si el tesoro fueran palabras?

— ¿Cómo? — dijo Mauro, que soñaba con el cofre repleto de monedas de oro.

— ¿Y si el Almirante tenía que esconder papeles, documentos, que fueran vitales para la patria?

Acto seguido, Milagros señaló el monumento. Los demás se hicieron visera con las manos, para evitar encandilarse con los rayos del sol naciente.

La mano izquierda del Almirante soste-



nía un papel levemente enrollado.

— ¡Fíjense! Lo tiene apoyado sobre la pierna... Y el pie no apunta a la estación, sino a la calle Rosales...

Mauro se tomó la cabeza.

— ¡Sos una genia!

— ¿Y qué hay para allá?

Mauro, con una velocidad asombrosa, sacó la computadora, la apoyó en su regazo y la encendió, mientras todos lo rodearon.

— ¿Y? — preguntó Guido.

— Esperá, que no es tan rápida...

— Tenés que buscar algún edificio de fines del siglo XIX o comienzos del XX —dijo Milagros, revisando su cuaderno de anotaciones.

— ¡Acá nomás! — gritó Mauro, señalando con el dedo — El edificio de la **Sociedad Italiana**. Acá dice que aún tiene algunas cosas de aquellos tiempos, hasta espejos del Hotel La Delicia.

— ¿Del Hotel? — repitió Milagros —. Eso sí que es una buena pista.

37.

Aceleraron el paso, pero cierto tumulto a lo lejos les hacía presagiar lo peor. Antes de llegar al edificio de la Sociedad Italiana se detuvieron.

Cerca de quince chicos de la otra escuela saltaban de alegría, se abrazaban y festejaban. En el centro, las dos gemelas sonreían y elevaban un par de papeles en alto.

— Llegamos tarde... — sentenció Milagros, con los ojos llenos de lágrimas.

— Tanto esfuerzo para nada — refunfunó Guido, pateando una piedrita hacia el cordón.

— ¿Vamos a ver qué encontraron? — preguntó Josefina —. Tal vez sea otra cosa. No tiene pinta de ser un tesoro.

— ¿Te parece? — dudó Mauro— Mirá cómo festejan...

— Es como meterse en la boca del lobo... — reflexionó Guido, refrán mediante.

— Y... sí. — reafirmó Milagros.
— ¡Qué manera de perderme un 10 en Historia! — protestó Guido.
— ¿Solo eso te importa? Ya la Directora dijo que esos papeles, en malas manos, pueden ser mal utilizados — dijo Milagros.
— Estábamos tan cerca. ¡Qué bronca! — se quejó Mauro, revoleando la gorra al piso.
— Yo digo que vayamos a ver... — dijo Josefina.

— Yo no quiero ir — se opuso Guido, y se sentó en el cordón.

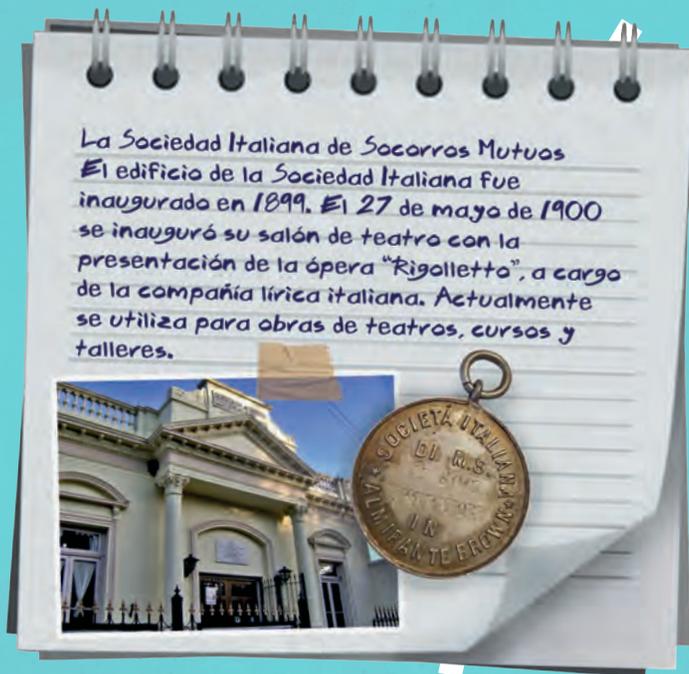
Josefina avanzó unos metros y se puso a conversar con dos chicas que se abrazaban.

Al rato volvió.

— Dicen que encontraron unos papeles, detrás de uno de los cuatro espejos del Hotel La Delicia que tiene la Sociedad en uno de sus salones. Me parece que perdimos...

Hubo un rato de crudo silencio mientras, a pocos metros de ellos, se escuchaban gritos de algarabía.

Pero, a un costado de aquellas voces, una figura robusta, parecida a un oso, camuflada con sobretodo y sombrero, bajaba una extensa escalera lateral, esquivaba a los jóvenes y se alejaba raudamente del lugar.



38.

Volvieron cabizbajos a la escuela.

Tocaron el timbre y esperaron sin decirse una palabra.

Como habían llegado tarde, la portera les abrió la puerta con desgano, aunque al ver aquellas caras de desazón no atinó a decirles nada.

— Encima media falta... — dijo Guido, meneando la cabeza.

Atravesaron el patio vacío, en dirección al aula. Se escuchaba el rumor de las clases, alguna risa espontánea o el sonido de un banco al moverse.

— ¿Qué tenemos ahora? — preguntó Mauro, por decir algo

— Historia, creo — dijo Milagros —. Encima, Historia... Como si no hubiésemos tenido mucho de eso estos días.

Como salida de la nada o, mejor dicho, por detrás de una columna, apareció la Directora.

Con el semblante sumamente serio ordenó:

— Por acá.

Los chicos no dijeron ninguna palabra. Solo la siguieron. En lugar de ingresar a la Dirección, entraron a un salón vacío, cerca de los sanitarios.

— ¿Novedades? ¿Encontraron el tesoro? Hoy vencía el plazo.

— Perdón Directora... — murmuró Milagros, y una lágrima comenzó a rodarle lentamente por la mejilla derecha.

Josefina la abrazó.

Mauro se adelantó un poco y dijo:

— Llegamos tarde. Recién vimos cómo las mellizas...

— Gemelas — corrigió la Directora.

— Sí, bueno, vimos cómo las gemelas consiguieron unos papeles y festejaban en la puerta de la Sociedad.

— Sí, sí... ¿Pero ustedes no encontraron nada?

— No, no. Nos fuimos de ahí... ¿Para qué íbamos a quedarnos?



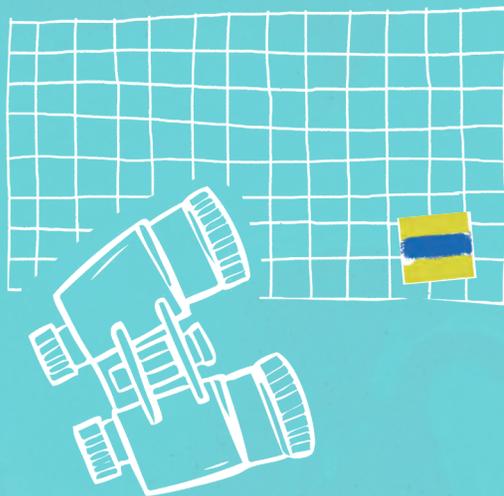
— Pero esperen, esperen un poco... ¿Alguno me podría contar cómo llegaron ahí?

Los chicos la miraron a Milagros. Ella se secó las lágrimas y comenzó a relatar cómo las distintas pistas los habían conducido hasta allí.

Luego de eso, la Directora se sentó en una silla, asombrada.

A pesar de lo que los chicos podían suponer, la notaron extrañamente feliz.

Orgullosa y feliz.



39.

De repente, en aquel vacío salón de escuela, la Directora empezó a aplaudir.

Retumbaban los aplausos contra las paredes, ante la mirada atónita de los chicos.

Se puso de pie y siguió aplaudiendo largo rato, hasta que frenó...para luego comenzar a reír.

Ahora era una estruendosa carcajada la que apabullaba el salón.

— Se volvió loca... — murmuró Guido, apenas moviendo la boca para que la Directora no se diera cuenta.

— Pobrecita... nuestro fracaso la hizo enloquecer — susurró Milagros.

Hasta que la Directora cesó su risa y, repleta de satisfacción, dijo:

— No está terminado aún. Todavía no lo resolvieron, pero, por lo que me cuentan, estamos más cerca que nunca...

— Pero... las gemelas ya lo tienen... —

señaló Mauro, encogiéndose de hombros.

— Lo que tienen es un documento apócrifo...

— ¿Apo qué? — dijo Guido, frunciendo el entrecejo.

— Apócrifo... Falso; bien creíble, pero falso. Lo mandé a preparar para que pareciera de fines del siglo XIX... Parece idéntico. Y lo mandé a Ramón para que, mientras transcurría su clase de yoga, lo escondiera detrás de los espejos que eran del Hotel La Delicia... Sabía que iban a buscar allí... Luego Ramón se escabulló por el entretecho del salón principal y salió por uno de los costados, sin que las gemelas lo reconocieran. Eso nos va a dar algo de tiempo. Van a descubrir que es falso, pero eso nos va a dar ventaja el día de hoy.

Los chicos asintieron con la cabeza y Milagros cambió su rostro lloroso por uno sonriente.

— Entonces, entonces... Tenemos que volver a la Sociedad y buscar...

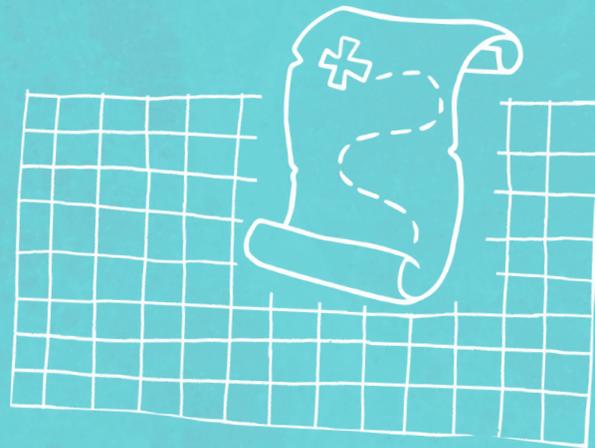
— Tal vez no sea allí... Tal vez sea en-

frente — dijo la Directora —. Hace unos años revisamos todo y no hallamos nada, pero quién sabe... Tal vez ustedes tengan mejor suerte.

— ¿Enfrente? — preguntó Guido.

— En el castillo.

— ¿Un castillo? Ahora falta que nos topeemos con príncipes que se convierten en sapos... — dijo Mauro, meneando la cabeza de un lado hacia otro.





RENZO PARE, 13 AÑOS / BURZACO.



Castelforte

Este edificio histórico construido entre 1878 y 1880 por José Canale estaba emplazado en un parque arbolado, junto con otros edificios que conformaban una extensa villa. Hama la atención una serie de túneles, que aún se conservan en parte. Al cuidado de la Asociación Nativos de Almirante Brown, hoy guarda en sus salones gran parte de la historia del distrito.

Asociación Nativos del Partido de Alte Brown





CASTILLO DE PIEDRA

40.

Al salir de la escuela volvieron a la Sociedad Italiana con el ánimo renovado. Bromearon en el camino, se compraron un par de panchos, dos pebetes de jamón y queso y un jugo de naranja para compartir.

Mientras paraban en la plaza algunos minutos para comer, con la estatua del Almirante a sus espaldas, Milagros aprovechó para sacar su cuaderno y repasar.

— Comé primero, Mili, que si no te va a hacer mal...

Sin embargo, seguía ensimismada en sus notas y, de vez en cuando, como una autómata, le daba un mordisco al pebete.

No decía palabra alguna y, pensativa, masticaba la lapicera.

— Algo nos falta... — llegó a decir, cerrando el cuaderno.

— Tranquila — dijo Josefina —. Ahora vamos al castillo y, como si fuera una película, ¡encontramos el tesoro en un cofre!

Guido se rio y contradijo:

— No lo creo, pero qué bueno que sería... Yo pensé que habíamos perdido todo. Y ya vieron cómo nos miraba el de Historia hoy, que entramos a cualquier hora a su clase. Les juro que yo, al menos, voy a necesitar mucho la nota de este trabajo.

Mauro siguió observando a Milagros, que miraba el ancla gigante de la plaza.

— ¿Qué pensás, Mili?

— Todo... empezamos en el monumento, que nos dio las primeras pistas; volvimos a él y nos llevó a las últimas... Pero seguimos sin entender... Es indudable que el Almirante nos marca el camino y hacia allá vamos, pero ya lo hicimos una vez y...

— ¡Listo! — interrumpió Guido, con el último bocado de pancho en la boca —. Vamos al castillo, a encontrar un tesoro...

— ¡Vamos! — gritaron todos y avanzaron hacia allí.

Llegaron a la Sociedad Italiana, contentos.

Enfrente, el majestuoso Castelforte.

— ¿Esto siempre estuvo acá y no lo vimos? — preguntó Guido — ¿No será como lo de...?

— Ni lo digas... — dijo Mauro, tratando de olvidar la noche misteriosa en el bar —. Esperemos que no sea tarde.

— Nunca es tarde cuando la dicha es buena — dijo Guido, recordando un refrán que le decía su tía Ofelia.

— Sí, siempre estuvo ahí. Lo que pasa es que estábamos convencidos de que era acá — explicó Josefina, señalando el edificio de la Sociedad.

— Este castillo fue mandado a construir por Canale... — comenzó a leer Mauro.

— ¿Cómo? — interrumpió Milagros, enojada — ¿Las gemelas no se llaman así?

Un escalofrío recorrió el cuerpo de Gui-

do, que se estremeció de la cabeza a la punta de los pies.

— ¿Otra vez? ¿Otro secreto de la Directora? No da puntada sin hilo.

— Tal vez es una coincidencia — dijo Milagros, aunque no creía sus propias palabras ni un poquito.

— Mejor entremos... — sugirió Mauro y siguió leyendo la información —. Alberga túneles secretos que conducían hasta el Hotel La Delicia o la mismísima Cucaracha.

— ¿Túneles secretos? ¡Buenísimo! — exclamó Josefina.

— ¿Necesitan algo?

Un hombre con una frondosa barba blanca detuvo el andar de los visitantes.

— ¿Podemos ver los túneles? — preguntó directamente Milagros.

— Tal vez. ¿Trajeron malla? — una sonrisa socarrona dejó entrever los dientes del cuidador del castillo.

Caminaron por el parque un rato.

A la izquierda, el edificio de dos pisos y techo que simulaba pequeñas torres tenía una hermosa galería y se encontraba en perfecto estado. Su fachada era un viaje al pasado. Los senderos del jardín se alternaban entre árboles, plantas, un viejo aljibe y una pequeña capilla.

Detrás de una planta saltó un sapo, lo que hizo saltar también a Guido, pero del susto.

— Tranquilo, que es un simple sapo — dijo Mauro —. O un príncipe. Yo se los avisé...

Rieron, mientras el batracio se perdía por los fondos del parque.

— Algo se puede ver si quieren, pero un sector de los túneles está anegado. Hace muchos años subieron las napas en esta zona y muchas galerías quedaron bajo el agua.

Milagros se agarró la cabeza y los chicos frenaron el paso. Cuando el hombre se adelantó dijo en voz baja:

— Puede ser que el tesoro esté perdido... Quizás Adrogué lo escondió acá, a resguardo, pero nunca pudo calcular la subida de las aguas... No lo puedo creer...

Otra vez la desazón se apoderó del grupo, mientras el cuidador invitaba a pasar:

— ¿Quieren verlos?

Entraron y cuando el hombre encendió las luces quedaron maravillados ante la obra que aún se conservaba en pie. Caminaron veinte metros, pero se detuvieron.

— Hasta acá nomás — dijo el hombre, con la voz tomada —. Podemos seguir hasta esta cadena, que pusimos por cuestiones de peligro. El suelo está resbaloso y abajo hay un túnel más profundo. Las napas subieron y taparon la escalera. Igual el túnel de abajo termina allá.

Señaló una pared a pocos metros de allí.

— Allí hay otra puerta con escaleras que desemboca en el mismo túnel. Es decir, es



un túnel por debajo de este túnel. Tal vez antiguamente conducía a otro lado, a la municipalidad o a la comisaría, pero no se sabe.

Luego señaló a la derecha.

— Cuando está habilitado, la visita termina acá y se sale por la capilla, que ahora también tenemos cerrada. Si quieren quédense un rato... Dejé el guiso haciéndose a fuego lento. No toquen nada.

— ¿Guiso de lentejas? — preguntó Guido, de curioso nomás.

— No, con algo de fideos y papas. Pero me sale sabroso...

— ¡Uy! Y yo con un panchito en la panza nomás...

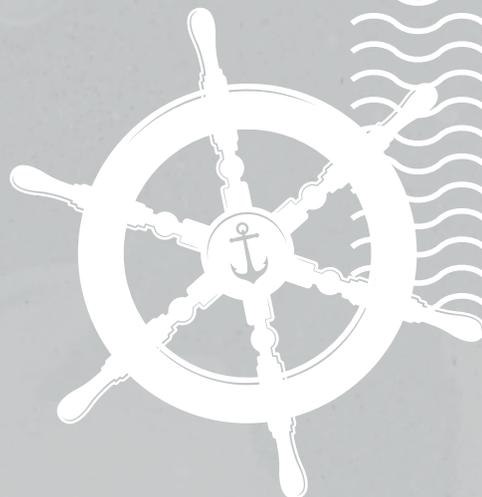
El hombre rio y se alejó.

Y allí quedaron los jóvenes, ante la majestuosidad del lugar.

— Esto es maravilloso. No es fácil construir un túnel. Si uno lo hace, por algo es: por lo general, para escaparse o para esconderse — reflexionó Milagros —. La cantidad de personas e historias que de-

ben haber pasado por acá, desde el Hotel hasta el Castillo. Y no solo eso, que de por sí es intrigante, sino también saber el porqué de los túneles. ¿Qué escondían? ¿Los misterios del Almirante o los propios?

— Buena pregunta, Mili — dijo Josefina —. Hoy me conformo con descubrir los del Almirante. Los otros los dejamos para otro momento...





43.

— ¿El tesoro estará en el túnel inundado? La Directora dice que ya revisaron en el lugar, pero no creo que se hayan metido acá abajo. Si el tesoro está escondido acá, quizás se echó a perder bajo el agua... — reflexionó Milagros.

— Bueno. Estamos solos. Aprovechemos — dijo Mauro, muy resuelto —. Vos, Josefina, quedate en la puerta haciendo campana. Mili, encargate de cuidarme la ropa y vos, Guido, acercame lo más que puedas al agua. Por acá no pasa la silla y no tiene sentido bajarla.

— ¿Estás loco? — dijo su amigo, mientras Mauro comenzaba a sacarse el buzo.

— Mirá, es simple. Si yo fuera Adrogué y el Almirante me pidiera que escondiera un tesoro, haría túneles y lo enterraría al final de ellos, lejos del alcance de todos. Así que, si queremos encontrarlo, hay que nadar hasta allá.

— Es una locura — dijo Guido.

— ¿Vos nadás bien? — preguntó Mauro, aunque sabía la respuesta.

— ¡Qué voy a nadar bien! Hago perrito, como puedo...

— Yo practico natación todos los sábados, así que no perdamos tiempo. No debe estar tan fría el agua... Para vos, que te gustan los refranes, tengo uno que decimos en las clases de natación en el Poli: "El que quiere pescado, que se moje".

— No me vengas ahora con refranes. Además ¿te vas a meter acá abajo? ¡Debe estar helada! — comentó Guido, que no quería saber nada con la audaz aventura de su amigo.

— A mí tampoco me parece bien, Mauro — dijo Milagros —. Una cosa es nadar en una pileta que conocés y otra cosa que te metas en un túnel lleno de agua que no sabemos adónde va ni el estado en que está...

— Pero vos lo dijiste, Mili — interrumpió Mauro, ya sin la remera —, todos los



caminos del Almirante nos conducen al agua y acá hay mucha...

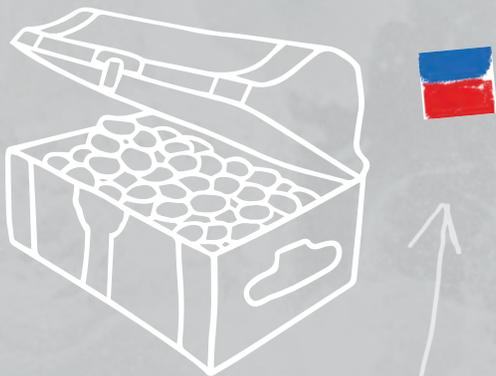
— ¡Eso es! El agua... Siempre fue el agua... ¡Qué tonta! ¿Cómo no lo vi?

Acto seguido, empezó a girar en círculos.

Ahora, la loca parecía Milagros. Señalaba hacia arriba, hacia un agujero que parecía provenir del exterior.

Los demás la miraban sin entender.

— ¡El agua! — volvió a decir — Dale, Mau, ponete el buzo otra vez, aunque puede que necesitemos de tu coraje en un ratito. Ahora salgamos de acá, que el señor está por volver...



44.

Salieron de los túneles y se ubicaron otra vez en el parque, cerca de unos rosales aún sin florecer y de unas hortensias marchitas.

Milagros comenzó a cortar las hojas de su cuaderno y a ubicarlas en el césped, a la vista de todos.

El calorcito de la tarde se hacía presente y los rayos de sol pugnaban por colarse entre tanta arboleda.

— ¿Se acuerdan de los seis símbolos originales del monumento?

Guido negó con la cabeza.

— ¡Esos! — dijo Milagros, señalando una de las fotografías que Mauro había sacado el primer día frente al monumento del Almirante.

— ¡Ah, sí! — afirmó Josefina —. Los que dedujimos que se relacionaban con el agua... los de la brújula, el bicho raro y esos dos que no sé bien qué son...





— Sí, son seis. Y también están separados por círculos con pequeños círculos interiores— dijo Milagros.

— Bueno, de eso también me doy cuenta — comentó Guido, acomodándose el flequillo.

— Y yo me acabo de avivar de que son seis, y que también vimos muchos círculos en nuestros paseos, pero no nos dimos cuenta porque estábamos al ras del piso...

Mauro se encogió de hombros, aún sin comprender...

Entonces Milagros comenzó a señalar cinco hojas diferentes.

La primera, la de la Capilla Santa Ana, donde tenía abrochadas las fotos de los frescos de Soldi y de las afueras del templo.

La segunda, el exterior de la actual Biblioteca Municipal.

La tercera, el tanque de Mármol, con fotos de su interior y de las afueras.

La cuarta, la fotografía panorámica de la Cucaracha.

La quinta, el jardín del Bar de Lippi, lleno de follaje.

Los demás se fueron pasando cada una de las hojas, hasta que fue Josefina la primera en asumir:

— No nos damos cuenta de nada, Mili. Cortá con tanto suspenso y decí lo que está pasando de una vez...

— Cinco lugares diferentes, cuatro aljibes y un tanque que supo ser aljibe... Es decir, un aljibe visto de arriba es un círculo perfecto... El tanque es un círculo perfecto. Agua y círculos...

— Ah... — exhaló Josefina, en señal de comprensión.

Guido cerró su puño, en señal de festejo, mientras Mauro sonreía y no paraba de asentir con la cabeza.

— Cinco... Pero en el monumento hay seis— dijo Guido — ¿Y el sexto?

Frunciendo la nariz, Milagros señaló con el dedo:

— Muy lejos no está.



MORENA LOTO, 12 AÑOS / SAN JOSÉ



OTRO LADRILLO EN LA PARED

45.

El cuidador se acercó, con un cucharón en la mano.

— Si se van a quedar pongo más... El guiso está buenísimo.

— No, gracias — dijo Josefina.

— ¿Por qué no? — preguntó en voz baja Guido —. Ahora me dieron ganas...

— Ya nos vamos — dijo Milagros.

Cuando el hombre se alejó, los chicos se acercaron hasta la zona donde se encontraba la pequeña capilla. Allí, muy cerca, había un aljibe.

— Es muy estrecho — observó Milagros — pero esta entrada da directamente a esa escalera inundada. Si alguien baja por acá entra directamente al túnel anegado...

— Se lo ve muy hondo... — dijo Guido, que temía un poco a las alturas y, en este caso, a las profundidades también.

— Necesitamos unas sogas largas — señaló Josefina —. Yo me meto, pero si hay agua no sé... No soy muy buena buceando...

Todas las miradas apuntaron a Mauro.

— Por supuesto que sí. Me ayudan a subir a la parecita, me atan bien y me lanzo. Voy a entrar justito, justito...

— Apurémonos, porque si el cuidador termina el guiso estamos condenados...

— Ya vengo con la soga... — dijo Guido, muy resuelto.

Los demás se encogieron de hombros. No era un artículo tan fácil de conseguir, pero, al ratito, su amigo se apareció con una soga gruesa muy larga.

— Cuando entramos vi que tenían una detrás de una vitrina...

— ¿En el castillo? — preguntó Mauro.

— Sí, creo que era de alguien conocido, pero no leí...



— ¿Sacaste una soga del museo?
— ¿Quieres bucear o no? — preguntó Guido.

El intrépido amigo comenzó a sacarse el abrigo y luego siguió con la remera.

— No te arriesgués. Si llegás hasta abajo y no hay ningún cofre, te volvés... Tirás de la soga y te subimos...

Mientras decía esto, Guido se ataba uno de los bordes de la soga a su cintura y el otro, a la de su amigo. Se paró en el aljibe, con las piernas bien abiertas. Mauro acomodó la silla de espaldas y, apoyando sus manos en los apoyabrazos, hizo enviión hacia arriba, mientras su amigo lo ayudaba levantándolo por las axilas. Al soltarlo, Guido casi se cae, pero logró hacer el equilibrio justo. Una vez sentado al borde del aljibe ya todo fue más fácil para Mauro. Con su tremenda fuerza de brazos y algo de apoyo, giró su cuerpo y quedó en posición.

— ¿Listo? A la cuenta de tres — dijo Milagros, muy ansiosa por saber si su teoría era acertada.

Y al unísono empezaron a contar:

— Uno, dos...

— ¡Esperen! — gritó Mauro, antes de tirarse — La linterna... Está en el estuche. Así la guardo en el morral y bajo con él.

Josefina se acercó hasta la silla, buscó el estuche y se la dio.

— ¿Ahora sí? — preguntó Mili.

Mauro afirmó con la cabeza

— Uno, dos...

— ¡Esperen! — gritó otra vez Mauro — Las antiparras... Están en el bolsillo que se encuentra debajo de la silla, del lado derecho.

— ¿Estas? — dijo Josefina, sacando unas negras.

— No, las otras. El rojo me da mejor suerte...

Josefina le alcanzó las otras antiparras y se las colocó, pero solo apoyadas en la frente. Al llegar al agua se las bajaría.

— Uno, dos...

— ¡Esperen! — ahora el que interrumpió la cuenta fue Guido, para darle un fuerte abrazo a su amigo del alma.



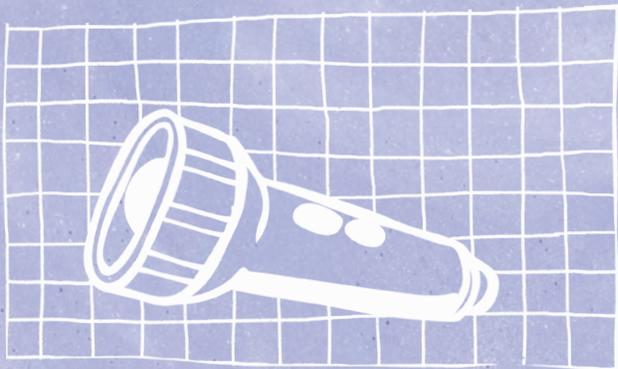
— Tranquilo, que es un poquito de agua nomás... — lo calmó Mauro, aunque también estaba un poco nervioso.

— ¿Vamos? — dijo Milagros.

Todos asintieron y empezaron a contar:

— Uno, dos, tres...

Y Mauro, apoyando sus manos en los bordes del aljibe, empezó a bajar lentamente, mientras todos sujetaban firmemente aquella añeja sogá.



46.

Mauro bajó y bajó.

Llegó a la recámara donde habían estado hacía unos minutos nomás.

Y siguió bajando hasta tocar sus pies el agua.

Con una mano se aferró a los hierros de la escalera caracol y con la otra tomó la linterna. Se puso a escudriñar el lugar. Mucho moho recubría las paredes de viejo ladrillo y el olor a putrefacción lo obligaba a fruncir la nariz. Le costaba moverse.

Se hundió un poco tratando de tocar las paredes para ver si hallaba algo.

El frío allí abajo era penetrante y maldijo haberse sacado casi toda la ropa y quedarse solamente con su pantalón.

Estaba dispuesto a adentrarse en las aguas oscuras, ver si lograba atravesar el túnel y salir por la otra puerta, que no sabía a ciencia cierta si estaba abierta, cerrada o tapiada.

Arriba, Guido se afirmaba contra el aljibe para que la sogá se moviera lo menos posible, mientras Milagros, sentada al borde del mismo, contaba lo que alcanzaba a ver.

— Se mueve de un lado a otro, pero no sé si llegó al fondo. Quizás la sogá es demasiado corta.

— No sé cómo no tiene miedo... Debe estar lleno de bichos ahí... Sapos, seguro...

— dijo Josefina, sosteniendo otro tanto de la sogá.

— No creo que encuentre nada allá abajo, pero esto lo vamos a recordar toda la vida — dijo Guido con una sonrisa de oreja a oreja. Y, mirando a Josefina, acotó —. Vamos a estar casados y nos vamos a acordar de esto.

Ella se puso colorada y solo atinó a decir:

— ¿Me estás proponiendo matrimonio así, atado con una sogá?

Milagros empezó a reír, pero cortó su carcajada para indicar:

— Creo que se va a meter nomás.



XIX.

Residencia Castelforte, mayo de 1876.

La tardecita otoñal estaba arrancando.

Cuando Canale se fue a echar un rato al catre, luego de aquel abundante almuerzo, Esteban vio la oportunidad. Con los túneles y el aljibe terminado, solo faltaba lo más importante: esconder la última parte del tesoro, la fundamental.

Ya la familia Canale entendía que los pedidos arquitectónicos de Esteban eran por demás sospechosos y que sus constantes visitas al castillo no eran solamente de tinte social.

El pueblo comenzaba a erigirse como él lo había pensado alguna vez y el poblamiento avanzaba a raudales. Era tiempo de un buen descanso. Dedicarse a la administración, al cuidado de la familia, a disfrutar el aire puro del lugar.

En muy poco tiempo, una década y un poco más, había fundado un partido, lejos de la gran ciudad y el acoso de la fiebre amarilla.

Pero era un hombre de palabra.

Solo faltaba una cosa.

Aquella tarde, el ya retirado hombre de la industria del calzado, tomó sus sogas de escalada, un par de picos y, a pesar de los años, avanzó en su última misión.

“El Almirante estaría orgulloso”, pensó, mientras se asomaba al pozo.

Y se lanzó a las profundidades.



47.

Antes de adentrarse totalmente en las aguas y hundir su cabeza, Mauro decidió aferrarse a una de las paredes, con tanta mala suerte que un ladrillo aflojó, sintiéndolo hundirse en las aguas.

Hizo equilibrio y quedó flotando en el agua, mientras Guido hacía mucha fuerza para retener a su amigo.

Las chicas gritaron, pero Mauro las calmó:

— ¡Estoy bien! Solo se zafó un ladrillo viejo.

Con un leve balanceo volvió hacia el muro. Con una mano sacó nuevamente la linterna de su morral para observar el estado de la pared y seguir trepando. Pero el agua estaba muy oscura para ver algo.

Metió la mano en el hueco, para tantear el tamaño del deterioro, algo compungido por el daño causado, pero no pudo

creer lo que las puntas de sus dedos estaban sintiendo.

Rápidamente, tiró dos veces de la sogá, pidiendo ayuda.

Cuando afloró a la superficie, hubo que hacer mucha fuerza para sacarlo del aljibe, ya que todos estaban agotadísimos.

Dentro de su morral, Mauro llevaba una pequeña caja metálica hermética, pero que el óxido parecía haber derruido en alguna de sus partes.

Agitado dijo:

— Moví un ladrillo gigante sin querer y salió esto.

Tirados en el piso, cansadísimos por tanto esfuerzo, los chicos observaban el pequeño cofre, más plano que ancho.

Mauro, temblando de frío, se puso rápidamente su abrigo.

— Por suerte no te mojaste la cabeza...

— dijo Guido, y se golpearon otra vez las manos, en su tradicional saludo.

— ¿No te metiste en el túnel? — preguntó Milagros.





— No, no del todo.

Mirando el cofre, preguntó lo que nadie se animaba a decir:

— ¿Lo abrimos?

Mauro asintió con la cabeza dos veces. Esperaba que su descenso por el aljibe no hubiera sido en vano.

Josefina no dijo nada, porque no sabía qué hacer.

Guido acotó:

— Dale, que quiero ver cuál es el tesoro de una vez.

Milagros se acercó y, casi temblando, abrió la caja, que cedió un poco en uno de los costados.

— Que no se rompa, Milagros — pidió Guido — que la caries nos mata...

— ¿La qué?

Una voz femenina y conocida se escuchó frente a ellos.

Los chicos levantaron la vista y observaron el rostro serio de la Directora, que se hallaba acompañada por Ramón.

48.

— ¡Felicitaciones! Lo encontraron — dijo la Directora, dejando entrever una sonrisa —. ¡Excelente trabajo! Yo sabía que podía contar con ustedes. Es increíble. Estos túneles habían sido revisados de punta a punta. Habíamos contratado buzos expertos, arqueólogos de renombre, célebres historiadores y nada. ¿Dónde hallaron el tesoro?

— Eso no importa — dijo Guido, desafiante —. Primero tengo una pregunta: ¿Usted sabe lo que hay en el interior de esa caja?

— Por supuesto que no, pero estoy totalmente segura de que lo que hallaron es trascendental para los destinos de la patria. O lo era en aquel entonces.

— Antes de abrirlo o de que se lo lleve, Directora, quiero hacerle un par de consultas: ¿Por qué tanto interés en esto? ¿Es profesional o personal? — preguntó Milagros.



La Directora rio y Ramón también.
— Mi hermano y yo tenemos un legado que cuidar...

— ¿Ramón es su hermano? No se parecen en nada... — observó Josefina.

— Entonces toda esta investigación era personal... Ya entendí... — dijo Guido.

Los demás lo miraron, desconfiados. Pero él prosiguió con su teoría:

— En la Dirección de la escuela dice “Profesora Susana B. Caire”. Creo que la “B” es de...

— ¡Brown! — gritó Mili — Usted es Brown...

— Yo también — dijo Ramón, y los chicos escucharon su voz por primera vez.

— Sí, pero prefiero usar el apellido de mamá — aclaró la Directora —. Es un apellido hermoso, aunque los alumnos hagan bromas con él. Y además me permitió buscar el legado de mi antepasado sin levantar tantas sospechas.

Y sin esperar más, tomó la caja del piso y la abrió.

Allí aparecieron dos viejos papeles, algo deteriorados por la humedad y el paso de los años.

La mujer los sacó con sumo cuidado y apoyó la caja en el piso.

— ¿Y? ¿Qué dicen? — preguntó ansiosa Milagros.

Sin leerlos, la Directora ordenó:

— Ramón...

Y ante la sorpresa de los chicos, el hombre sacó un encendedor del bolsillo y comenzó a quemar los papeles.

— Pero, pero... — Milagros intentó detenerlo.

La Directora agregó:

— Hay cosas que es mejor dejarlas así. Si el Almirante hizo construir un pueblo encima y, con ayuda de Adrogué, desperdigó pedazos de nuestra historia por estas tierras, ¿quiénes somos nosotros para hacerlas públicas?

— Pero, pero... — balbuceaba Milagros — ¿Tanto esfuerzo para nada?

— Para nada, no. Estuvimos muy cerca de



que caigan en malas manos. Gracias a ustedes el tesoro sigue siendo eso: un gran misterio.

La Directora se dio media vuelta y Ramón, fiel a su costumbre, saludó con la cabeza.

Antes de alejarse dijo:

— A fin de cuentas, la Historia es un gran misterio.

Los chicos vieron cómo el sol se escondía por detrás del castillo y sintieron una alegría inmensa por haber encontrado el tesoro todos juntos.

Salieron del parque, los cuatro en fila, y avanzaron hacia la plaza, con el Almirante que los miraba fijo desde el monumento.

Ya en el lugar, se pararon frente a él, a rendirle un homenaje por haber cuidado, hasta en sus últimos días, los valores de la patria.

Luego de largo rato, Guido rompió el silencio:

— ¡Por fin me saqué un diez en Historia!

FIN





BIBLIOGRAFÍA

Adrogué, César. **Notas históricas de las comunas de Lomas de Zamora y Almirante Brown.** (1911). Edición de autor.

Arguindeguy, P – Rodríguez, H. Guillermo Brown. **Apostillas de su vida.** (2005) Argentina, Instituto Nacional Browniano.

Colegio Nacional de Adrogué. **Almirante Brown, gloria de la Marina argentina. Homenaje del Colegio Nacional.** (1937).

Compte, Guillermo. **Historia de Longchamps: memoria de la vereda.** (2015).

De Lillo, Romualdo P. (h). **De Adrogué a Mármol en 24 horas. Relatos de niñez y juventud, historia de estos pueblos y sus gentes, entre 1927 y 1950.** (2000). Argentina, Ed. Lápiz inicial.

Fumiere, J. **Origen y formación del partido y del pueblo de Almirante Brown (Adrogué)** (1969). Argentina.

Gómez, Juan Pablo. **Historia de la Quinta Rocca** (2020). Argentina, Versión digital.

Moresino, Enrique A. **Antecedentes históricos de la Primera Escuela Fiscal de Almirante Brown llamada “Escuela de Altos” actualmente N° 1.** (1974). Apuntes de autor.

Moresino, Enrique A. **Estatua de Don Esteban Adrogué, Fallecimiento de Don Esteban Adrogué, Discursos y notas periodísticas.** (1969).

Moresino, Enrique A. **Síntesis histórica del Partido de Almirante Brown en or-**



den cronológico y anexos varios. Folletos I, II y III. (1982). Apuntes de autor.

Moresino, Enrique A. **Antecedentes de la Casa Quinta “Santa María”, residencia del Dr. Carlos Pellegrini.** (1976). Recopilaciones de autor.

Municipalidad de Almirante Brown. **Boletines Oficiales**, varios números.

Municipalidad de Almirante Brown. **Aquí Almirante Brown.** (1985). Varios números.

Municipalidad de Almirante Brown. **Los pueblos de Almirante Brown.** (2020). Argentina, Betbeder Ediciones.

Pigna, F – Pacheco, M – Vázquez, M. **Brown, una historia compartida.** (2021). Argentina, Edición para la Secretaría de Educa-

ción, Ciencia y Tecnología de Almirante Brown.

Raimondo, Ricardo. **Partido de Almirante Brown: su historia 1873-2005.** (2006). Argentina, Edición de autor.

Resio, Ricardo. **Mármol, el pueblo de mi infancia.** (2008). Argentina, Edición de autor.

Resio, Ricardo. **Acá hay gato encerrado.** (2012). Argentina, Edición de autor.

Torres, Elsa. **Historia de la Escuela 36.** (2016) Argentina, Ed. Encontrarnos

Torres, Elsa. **Historias y testimonios del Ferrocarril Provincial.** (2017) Argentina, Ed. Encontrarnos.



GRACIAS



Esta historia es una obra colectiva, ya que jamás se podría haber realizado sin el apoyo, tiempo, trabajo y dedicación de muchas personas que han colaborado para que, como diría el Almirante, llegar a buen puerto.

Gracias a:

Mariano Cascallares
Juan José Fabiani
Juan Manuel Pereira Benítez
Sergio Pianciola
Sandra Agis
Morina Sanz

Cecilia Fodor
Carlos Ferrero
Leonardo Lafflitto
Juan González
Gonzalo Rielo
Sebastián Armesto Ozón
Marcelo Domínguez
Libera Pereira Benítez
Graciela Vega
María Inés Centurión
Silvina Taborda
Marcelo Montovio
Sandra Gollan
Sebastián Paolucci
Martín Pérez



Eki Bessada
Oscar Rincón
Ricardo Fernández Olivares
Mauricio Orfini
Ricardo Resio
Héctor Martini
Carlos Martini
Romina Salinas
Dafne Ritterstein
Irina Ritterstein
María de las Mercedes Lippi
Hugo Ritterstein
María Cristina Bálsamo
María Laura De Lorenzo
Francisco Fernández

Vanina Fernández
Mónica Girves
Padre Eduardo Llama
Valeria Ramallo
Osvaldo Celiz
Sonia Franco, entre tantos otros.

También muchos estudiantes y docentes han participado en la convocatoria de dibujo, que harían esta lista enorme, pero valga mi infinito agradecimiento a todos ellos.

